

BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

# UNA FOSA PARA CADA SEÑORA

Silver Kane





COLECCION

# PUNTO ROJO

PUNTO  
ROJO



eb





SILVER KANE

## **UNA FOSA PARA CADA SEÑORA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 832  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 5.679 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1978

© Silver Kane - 1978

texto

© Bardon Art - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:  
1.319—El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:  
1.441 —Mordieron su dulce piel.
- En Colección SALVAJE TEXAS:  
736 — Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:  
666 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:  
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:  
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección COLORADO:  
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:  
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:  
828—Los ojos del perro.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:  
431 — Un millón de dólares al infierno.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:  
78 — Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:  
15—Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección LA HUELLA:  
80 — Manchas de sangre en los ojos.
- En Colección BRAVO OESTE:  
898 — El buitre de Denver.



## INTRODUCCIÓN

La muchacha dejó el suburbano en la terminal de Queens, muy cerca de donde estuvo instalada, hacía mitad de los años 60, la Exposición Universal de Nueva York, y donde aún se conserva el globo terráqueo que fue su distintivo, como en la de Bruselas fue el «atomium» y en la de París, mucho antes, la legendaria torre Eiffel. Eran las cinco de la mañana y todo estaba sumido aún en sombras, en medio de una neblina gris y persistente.

Los finos tacones de la chica sonaron sobre el pavimento de Loans Street, antes de doblar la esquina con McDougal. Allí había un solar vacío, siniestro, al que ya no prestaba atención porque pasaba por él cada amanecer.

Aún iba con sus ropas de enfermera, sobre las que llevaba tan sólo una capa ligera. Su piel suave, reluciente, de mulata joven y maciza, resaltaba entre las prendas blancas.

Fue a doblar la esquina.

Y todo ocurrió en pocos segundos, como en una alucinación, como en un parpadeo, como en una pesadilla.

Los tres hombres saltaron sobre ella a la vez. Los tres llevaban pistolas con silenciadores y se las pusieron en las sienes. Uno de ellos la apartó durante algunos segundos para disparar contra la pared. La bala de calibre pesado produjo un desconchado terrible, indicando lo que podía hacer con una cabeza humana. La enfermera mulata quedó tan aterrada que no pudo ni chillar.

—Ya ves que están cargadas —dijo uno de ellos, en un pestilente inglés—. Y si no haces todo lo que te digamos, lo de la pared no va a ser nada comparado con lo de tu cabeza.

—No... no llevo apenas dinero y no tengo nada de valor... Soy una simple auxiliar de quirófano...

—Tú lo que eres es una puerca negra.

—No soy negra. Ni siquiera eso...

—Lo veremos en seguida. Entra ahí.

—¿Qué... qué vais a hacer conmigo?

—¡ENTRA!

La voz casi le rompió los tímpanos mientras las pistolas la empujaban brutalmente. De pronto la muchacha se encontró en el solar, en un sitio apenas bañado por la luz lívida que llegaba de los faroles lejanos, medio tapada por un coche que los asaltantes habían dejado allí, y que impedía que nadie la viese. Unas manos rudas la empujaron al suelo tras estrellarle la cabeza dos veces contra la chapa del coche.

—Dios... ¡Dios mío!

Ella intentó huir de allí, gateando, pero unas manos la sujetaron por las piernas, inmovilizándola. De espaldas como estaba le era mucho más difícil defenderse, porque las manos le quedaban pegadas al suelo.

—Es un buen contraste... —dijo una voz pastosa—. Sí, señor, un buen contraste... No hay nada que pueda compararse a la piel de una mulata joven... ¡Sujétala bien por la cabeza, Amin! ¡Que no se escape!

Como ella aún hacía esfuerzos desesperados para huir y seguía gateando, alguien saltó sobre su cabeza y se la retorció brutalmente, amenazando con romperle el cuello. Con todas sus fuerzas, con toda su alma, con toda su rabia, la chica mordió la pierna de aquel tipo.

Se oyó un rugido de dolor y de odio.

La culata de una de las pistolas cayó dos veces sobre su cabeza.

—¡Amin! ¡Mátala de una vez! ¡Mátala!

—¡Idiota! ¡Si la matamos no sirve de nada!

Mientras ella estaba aturdida, escupiendo una saliva amarga, le subieron la falda. Un triple grito viscoso se escuchó en la penumbra.

—Es mejor de lo que pensábamos...

—Yo primero.

—¿Tú, Amin? ¿Por qué?

—¡He dicho que yo primero!

Alguien le tapó la boca a la joven enfermera para que no lanzase un alarido. La cabeza fue brutalmente sacudida contra el suelo.

Una oleada de dolor la atravesó de parte a parte. La saliva amarga le formó una especie de bola en la boca.

Fue un suplicio interminable. Mientras le apretaban la cabeza

contra el suelo para que no gritase, la muchacha sintió deseos de morir.

La muchacha chilló desesperadamente, pese a saber que podía morir. Ya no era capaz de resistir más. La náusea, el daño físico, la repugnancia moral, la ahogaban por completo.

Casi como había saltado, empezado, el atropello terminó. La chica, dentro del fondo de su tragedia, suspiró aliviada pensando que el suplicio había terminado ya. Después de todo, no había ningún motivo para no soltarla.

Pero lo peor estaba por llegar. Lo peor vino en aquel justo momento.

No, la muchacha no podía ni imaginarlo.

## CAPÍTULO PRIMERO

La ambulancia atravesó aullando el puente de Triboro, penetró en la isla de Manhattan bordeando el sur de Harlem y la atravesó desde la Avenida Uno a la Doce, desde el más o menos discreto —y a ratos elegante—. East Side hasta el sórdido West Side de los muelles, los *docks* sombríos y las calles por las que no conviene transitar a partir de las diez de la noche.

Era una ambulancia de la policía, o sea que tenía prioridad absoluta. La gente que la veía pasar a la máxima velocidad, haciendo sonar sus sirenas y saltándose las luces rojas, pensaba que acababa de cometerse un crimen y que la ambulancia iba a evacuar a las víctimas. Los coches frenaban en seco, los urbanos cortaban el tráfico y hasta más de un autobús estuvo a punto de subirse a la acera para evitar el encontronazo. Pocas veces se había visto por Manhattan una ambulancia tan rápida, señal evidente de que algo muy grave acababa de ocurrir.

Incluso un periodista del *New York Times* que iba a la redacción en su coche intentó seguirla, pero era imposible porque el paso de la ambulancia había provocado un auténtico embotellamiento. De todos modos telefoneó desde un bar gritando:

—¡Algo grave ocurre en el West Side! ¡Una ambulancia ha pasado de tal modo que parece que toda la ciudad se hunda! ¡Llegaré un poco tarde porque voy a tratar de seguirla! —¡Bien!— masculló el redactor jefe. —¿Dónde estás ahora?

—¡En un bar de la Séptima!

—¡De acuerdo, pero dame noticias cada cinco minutos! ¡Telefonéame desde cualquier bar entre la Séptima y la Doce!

—¡No puedo! ¡A partir de aquí, en todos los bares que hay hasta el West Side debo dinero!

—¡Pues métete en una cabina telefónica!

—¡Tampoco puedo! ¡Están llenas de parejas!

Y el periodista colgó mientras corría hacia su coche mal estacionado, donde ya le estaban clavando una multa.

Mientras tanto la ambulancia ya había llegado a la Atenida Once, deteniéndose en un callejón más bien siniestro que estaba enmarcado por dos comercios la mar de estimulantes: una funeraria y una tienda de ropa usada. Había quien decía que a los muertos los metían en el ataúd desnudos y que la ropa se vendía en la tienda de al lado.

Una larga comitiva de hombres y mujeres estaba estacionada allí, junto a la boca del callejón, indicando con su presencia que, en efecto, algo muy grave había ocurrido. Los dos camilleros saltaron, penetraron en uno de los edificios y al cabo de unos minutos salieron llevando un bulto humano cubierto por una sábana. Estaba bien claro que se trataba de un fiambre.

—¡Por favor, apártense! ¡Atrás! ¡*Atrás!*

Un policía había aparecido de pronto y evitaba que la gente se aglomerase. La ambulancia partió rauda mientras hacía sonar la sirena otra vez.

La gente que estaba a la entrada del callejón comentaba:

—Pobre hombre...

—Ya ves... En esta podrida ciudad de Nueva York te matan hasta en tu propia casa.

—Debía ser un ciudadano inocente y cumplidor.

—Y en cambio a Clay no hay quien lo mate.

—Lo digo en serio: valdría la pena hacer una suscripción popular para que un asesino pagado acabara con él.

—Yo digo aún más: a Clay habría que matarlo y habría que hacer que de retirar su cadáver se ocupara el servicio municipal de limpieza.

Mientras tanto la ambulancia estaba regresando al East Side, pero por un camino distinto del que empleó para llegar. Los dos camilleros que estaban en el interior miraban con aprensión el bulto humano, completamente rígido, que estaba cubierto por la sábana.

Y de pronto aquella sábana... ¡se movió!

¡El muerto empezó a agitarse!

¡Se puso en pie!

Uno de los camilleros dijo:

—Ya puedes estirar los músculos, Clay. Estás fuera de peligro.

Clay se sacudió la sábana de encima. Era un hombre de unos treinta años, fuerte como un campeón de los pesados, con los ojos negros, la sonrisa siempre en los labios, los hombros anchos, el pelo color castaño, con unos levísimos y primerizos hilos de plata en las sienes. Usaba unas ropas más bien deportivas, pero que empezaban a estar pasadas de moda. Clay, desde luego, no era de los que pueden renovar su vestuario en los grandes almacenes, porque le habían retirado todas las tarjetas de crédito.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

—Vamos hacia el sur, hacia la Lower Bay.

—¿Nos ha seguido alguien?

—No, seguro que no.

—Muchachos... ¡no sabéis lo que os lo agradezco! ¡Y decidle al teniente Sims que nunca podré pagárselo! ¡Este truco era el único sistema para salir del despacho sin que me lincharan los acreedores!

—Oye, pero nos ha sorprendido ver a tanta gente en el callejón. Al llegar hemos pensado que de verdad sucedía algo. ¿Quiénes eran?

—¿Y quiénes van a ser? ¡Los acreedores, maldita sea!

—Pues eran más de veinte...

—Hum... Pues entonces faltaban bastantes —dijo Clay, contando con los dedos—. Muchos han debido quedarse en casa porque hoy dan por televisión un partido de béisbol.

La ambulancia ya no hacía sonar la sirena para no llamar la atención, y ahora incluso respetaba las señales de tráfico. Uno de los camilleros susurró:

—¿Pero para qué has salido, Clay? De un modo u otro, tendrás que volver. En tu situación, no hay escapatoria.

—Bueno... Mi plan es bastante coherente, no creáis. Cuando regrese espero tener la situación solucionada.

—¿De qué modo?

Clay exhibió triunfalmente un recorte de periódico.

—Lo leí ayer —dijo—. Mirad. Ésta es la solución de mis problemas.

En efecto, el anuncio decía:

PRESTAMOS RAPIDOS A CUALQUIERA  
Facilitamos hasta 1000 dólares en una hora.

SIN GASTOS, SIN TRAMITES.  
119 BRONX AVENUE, N. Y.  
TRAIGA ALGÚN OBJETO COMO GARANTÍA Y  
NO SE ARREPENTIRÁ

Un camillero opinó:

—Con mil pavos no solucionas nada. Debes mucho más.

—De acuerdo, pero puedo empezar a pagar y así los otros tendrán paciencia.

—Y el que te preste los mil pavos, ¿qué?

—Ése deberá tener más paciencia todavía.

Miró por una rendija del cristal esmerilado, vio que se disponían a recorrer ya el Lincoln Tunnel y dijo:

—Dejadme a la salida.

Una vez en el Bronx, tras andar bastante, encontró la dirección que buscaba. Era un portal estrecho y pequeño, encajonado entre dos casas grises. Un letrero indicaba:

«PRESTAMOS RAPIDOS. SIGA LA FLECHA».

Clay siguió la flecha.

El pasillo era oscuro, penumbroso y olía a desinfectante barato, a semen de tío sucio y a ropa usada de mujer puerca.

De pronto dos navajas salieron de la oscuridad. Una de ellas por poco se le hunde en los riñones a Clay. La otra se le apoyó en la garganta.

—Quieto ahí, pichón —dijo una voz.

Clay fue a decir: «Ni pichón ni nada», y se dispuso a moverse, pero de pronto se acordó de que no había comido en todo el día. Estaba en *orsay*.

—Somos los del préstamo —dijo la voz a su espalda—. A ver lo que llevas de garantía.

—Pues... mi reloj de pulsera y un anillo de boda que me regaló una de mis clientes.

—¿Sólo eso?

—Maldita sea, el reloj es un «Rolex». Es lo mejor que tengo.

—¿Y por qué no lo has empeñado antes?

—Porque no lo he pagado aún.

—Pues aflójalo. Has llegado a la meta, macho.

Con una perfección que indicaba su largo entrenamiento, los dos pájaros le quitaron el anillo y el reloj. Luego de palparle y convencerse de que no llevaba nada más, lo empujaron hacia una salida trasera.

Allí había dos tíos más. Los dos tenían pinta de haber nacido cargando barriles de cerveza.

Una voz dijo:

—Éste es otro del préstamo. El tercero que cae esta mañana.

Clay fue a volverse.

Un golpe en la nuca le empujó contra la pared.

Uno de los «dockers» le sujetó por las solapas.

—Mira, muchacho —le escupió—, te conviene no hablar. Éste es un negocio honrado y pensamos mantenerlo toda la semana, hasta que la situación se ponga dura y tengamos que largarnos a otra ciudad. Pero oye bien esto: si hablas con la policía, la policía te hará venir aquí y te hará declarar, aunque sin darte protección. Te juro que no llegas hasta el juzgado.

Clay sabía que eso era verdad. Sabía, además, que los que acudían allí eran gente desesperada y que seguramente no estaba en regla con la ley. El número de denuncias, por la pérdida de objetos que al fin y al cabo sólo tenían un relativo valor, debía de ser mínimo.

Los miserables sabían lo que se hacían.

Pero eran eso: miserables.

—Al menos podríais robar a gente rica —masculló Clay.

Le dieron un empujón y lo hicieron rodar contra la pared. Los dos tipos se escabulleron por la puerta y se hundieron en el pasillo que seguía oliendo a ropa usada de tía guarra.

Clay se frotó la mandíbula.

De modo que mil dólares... Préstamos rápidos a cualquiera... Menudo préstamo acababa de conseguir.

Menuda mañanita llevaba.

Pero, en fin, quizá era verdad que resultaría peor denunciar la cosa a la policía. De todos modos necesitaba un trago para olvidarse al menos de que los acreedores seguían esperando.

Entró en un bar que había a poca distancia. El bar tenía un nombrecito la mar de adecuado a las circunstancias. Se llamaba El Desengaño. En un cristal se exhibía la licencia para despachar

licores, pero cualquier burro hubiera podido darse cuenta de que la licencia estaba falsificada.

Clay pidió:

—Un *bourbon* doble.

El dueño, que sin duda era un hombre lleno de buena fe y de los que creen en todo el mundo, gruñó:

—¿Tiene para pagar?

—Pues claro...

—A verlo.

Clay sacó la cartera que acababa de robar a uno de los que le agredieron. Había, allí, noventa dólares. Murmuró:

—Algo es algo...

## CAPÍTULO II

El camión llevaba unas letras pintadas que decían:

«TRANSPORTES URGENTES KINLEY.  
SERIEDAD Y EFICIENCIA».

No podía entenderse muy bien que aquel camión lograra hacer transportes demasiado urgentes, porque era un modelo de los años 30 y además llevaba desinflada una rueda, pero lo que es buena voluntad la había. Dos forzudos bajaron de él y sacaron una voluminosa caja de madera donde se leía:

«CHIRURGICAL INSTRUMENTS».

—A ver... a ver... Abran paso.

Los hombres y mujeres que llevaban allí todo el día deshicieron un poco el compacto grupo que formaban ante la entrada del callejón.

Uno de ellos gruñó:

—¿Instrumentos quirúrgicos en esta casa? ¿Para qué los querrán?

—Lo que yo digo siempre: es el edificio de las cosas extrañas.

—Jamás debimos fiarnos de un tipo que viviera aquí.

—Hemos sido unos idiotas.

Mientras tanto la caja había sido depositada en uno de los despachos del edificio. Los dos forzudos se secaron el sudor.

Uno de ellos golpeó la tapa.

—Eh, Clay, ya puedes salir.

—¿Estoy en mi despacho? —gimoteó una voz desde el fondo de las profundidades.

—Sí.

—¿No hay nadie?

—No.

La tapa se alzó y Clay apareció mirando a todas partes, dispuesto a saltar por la ventana.

Pero era verdad. No había nadie.

—Muchachos —proclamó—, decidle a Kinley que lo que ha hecho por mí no tiene precio. Nunca podré pagárselo.

—Tranquilo. Kinley sabe que nunca pagará.

—Es fantástico. Me ha devuelto a mi despacho sano y salvo con todos esos acreedores ahí fuera...

Uno de los forzudos hizo crujir los nudillos.

—Bueno, Clay, de momento tienes la piel entera y has podido regresar aquí, pero ¿qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Tengo la ventaja de que los clientes no saben que estoy dentro.

—Tampoco saben que estás fuera, porque con el truquito de la ambulancia no te han visto salir.

—Sí, es verdad —reconoció Clay—. Esto es un lío.

—Bueno, de todos modos esta noche va a ser fría, de modo que ya se largarán. Que tengas suerte.

—No se largarán —dijo Clay, pesimista—. Han traído mantas.

Y miró la placa en la que tantas ilusiones había puesto dos años atrás, cuando inauguró aquel despacho. Una placa de buen metal empotrada en la pared (por tanto no había podido venderla) y que decía:

JOHN CLAY, INVESTIGADOR PRIVADO,  
ESPECIALIDAD EN ASUNTOS DE ALTAS FINANZAS,  
ADULTERIOS DE LA ARISTOCRACIA, CONFLICTOS  
PATRIMONIALES Y BÚSQUEDA DE ANIMALES  
PERDIDOS.

DISCRECIÓN ABSOLUTA.

LOS ENCARGOS PUEDEN DEJARSE EN LA PORTERÍA.

Un poco más abajo, un cartoncito que estaba colgado día y noche proclamaba en letras rojas:

«SALI A COMER».

Ésa era la mentira que más daño le hacía a Clay. Gracias a los

noventa dólares birlados podría comer unos días aún, pero luego ¿qué?

La puerta del baño se abrió de pronto.

Clay alzó las manos.

—¡Soy inocente! ¡No se me puede probar nada!

El hombre que acababa de salir de allí, y que todavía se lavaba las manos, gruñó:

—No te preocupes, no soy un acreedor. Soy tu cliente Manson.

Clay lanzó un grito de alegría.

—¡Manson! ¿Qué te trae por aquí?

—Llevo esperándote todo el día, maldita sea. Quiero saber cómo está mi asunto.

—¿Qué asunto?

—¿Cómo que qué asunto? ¿Serás jili? El de la desaparición de mi mujer.

—Desgraciadamente aún no sé nada, Manson.

—¿Que no? Pues algunos vecinos aseguran que la han visto por el barrio. ¿Es que no investigas?

—Verás... Tampoco he dispuesto de demasiado tiempo. Ando loco con un asunto que me encargaron del Chase Manhattan Bank.

—¿Tú y el Manhattan Bank? ¡Leches! Será que le desapareció el perro al conserje. ¿Qué otra cosa te podrían encargar?

—Un conserje es un hombre tan importante como el propio director general del Banco. Precisamente la Constitución de Estados Unidos...

—No me salgas ahora con la Constitución porque me vuelvo al baño a terminar lo que estaba haciendo. Y ahora óyeme bien, Clay: o encuentras a mi mujer o no cobras. ¡Ni un céntimo! ¿Entendido? Y los cincuenta pavos que te di por adelantado me los devuelves o te hago una dentadura nueva.

—Calma, calma, Manson... Todo se arreglará.

—Pues ponte en movimiento o habrá tomate.

Y el marido desairado abrió la puerta para bajar las escaleras que llevaban a la calle.

Abajo se oyeron voces:

—¡Ya sale! ¡Ya sale!

Manson no supo a qué se referían los de abajo. El tío, muy convencido, siguió bajando.

¡BLAAAAAAM!

Clay miró por un resquicio de la puerta.

—Va a tener trabajo para librarse —dijo, pensando en voz alta—. De todos modos, Manson tiene una gran ventaja: podrá herir a algunos con los cuernos.

Y abrió su armario que debía servir como archivo secreto, pero donde no quedaban más que los restos de algunas botellas.

No llegó a abrir del todo.

La mujer casi cayó en sus brazos.

—¡John!

—¡Olga!

—El baño, John. ¡Necesito ir al baño!

—¿Pero qué te pasa?

—¿Y lo preguntas? Llevo encerrada ahí desde las once de la mañana.

—¿Pero por qué no has salido?

—¿Salir? ¿Qué dices? ¡Desde las once y diez estaba mi marido esperándote!

Clay se rascó la mandíbula.

—Tienes razón. Manson es tu marido. ¡Menudo compromiso!

La mujer volvió a salir del cuarto de baño, pero con muy poquita cosa encima. En eso de desnudarse, debía ser un águila.

—Vamos, John, amor, date prisa.

—¿Prisa en qué?

—¿Y lo preguntas? ¿Nos queremos o no nos queremos?

—Nos queremos. Naturalmente que nos queremos —dijo Clay—. Te lo he demostrado prestándote mi armario.

—¿Y yo? ¿Qué te he prestado a ti? ¡Te he prestado mi honra! —De pronto se puso a lloriquear—. ¡Mi honra! ¿Dónde está mi honra? ¡La puse en tus manos y tú la has perdido!

Clay empezó a revolver papeles.

—No temas —dijo—, aquí no se pierde nada.

—¿Pero qué haces?

—Miro si figura en las papeletas de empeño.

—La honra de una mujer no se compra ni se vende —dijo la chica muy seria—. Hala, ven.

Y se lo llevó al diván.

Clay suspiró, mientras se dejaba conducir.

—Nena, esto no puede seguir indefinidamente. No puedes vivir así, escondida todo el tiempo. Habrías de pensar en volver con tu marido —bisbiseó, poniendo cara de buen chico.

—¡Narices, John! ¡Y además dedícame un poco más de atención! ¿Es que no has leído el *Informe Hite*? [1] ¡Pues aprende!

Clay hizo lo que pudo. Olga empezó a runrunear como una gata satisfecha.

—¿Qué decías de volver con mi marido? —susurró—. Sólo te quiero a ti. ¡A ti! ¡Más! ¡Más! ¡Más! ¿Y ya no te acuerdas de que prometiste llevarme a Miami este invierno para que me pusiera bien bronceadita? ¡Ay! ¡Más, más, maldito!

—Lo de llevarte a Miami puedo hacerlo cuando hayas regresado al hogar —aseguró Clay—. Nos ponemos de acuerdo, salimos cuando él esté fuera y en paz...

—¿De veras?

—Y tan de veras...

Olga susurró mientras se contorsionaba:

—Entonces volveré.

Clay miró a otro sitio y pensó:

«Cincuenta dólares...».

La cosa inexplicable llegó para Clay hacia las once de la mañana siguiente, cuando él aún dormía debajo de la mesa. El exteniente Carruthers, que había estado en Homicidios y ahora ganaba el doble trabajando en los servicios de seguridad de un Banco, se dejó caer por allí.

Tomó una ropa que Olga se había dejado olvidada, se limpió los zapatos con ella y preguntó:

—¿Qué? Trabajo veo que no falta, ¿eh?

—Hombre, se va haciendo. Pero si lo dices por lo de la ropita, te aseguro que los servicios a las mujeres yo no los cobro.

—¿Comes caliente cada día?

—Pche.

—A mí no necesitas engañarme. Bueno... He venido para darte la mayor alegría de tu vida. Trabajo bien pagado al fin. Ochenta mil del ala.

Clay se había levantado.

Volvió a caer.

—Carruthers... —gimió.

—¿Qué?

—Es inútil. Yo no asesino por encargo.

—No se trata de asesinar a nadie, imbécil.

—¿Pues de qué? ¿Y quién paga ochenta mil por menos? ¿El presidente de Estados Unidos?

Carruthers hizo una visible mueca de asco.

—No aprenderás nunca —gruñó—. Siempre serás un muerto de hambre rodeado de acreedores, facturas, botellas vacías, mujeres viejas y anticonceptivos usados. No tienes porvenir, eres un asco de tío, eres una caca.

—Por favor, teniente, que eso me lo sé de memoria. Fueron las primeras palabras que dijo mi padre cuando me conoció.

—¿Sí? ¿Y cuándo te conoció tu padre?

—Cuando yo ya tenía quince años y mi madre logró convencerle de que el responsable del desastre era él, cuando sufrieron una avería de coche junto al río Potomac.

—Pues tu padre debía ser un santo, porque a buena hora te reconozco, si el responsable llego a ser yo... Pero a lo que iba: ayer noche atracaron una de nuestras sucursales y mataron a uno de nuestros vigilantes, un pobre tipo con cinco hijos. Como sabemos que la policía no dará con los asesinos, te he recomendado a ti para hacer el trabajo. Si capturas a esos tipos y recuperas el botín, te darán ochenta mil del ala, uno detrás de otro y libres de impuestos. Pero tienes que ponerte a trabajar en seguida.

A Clay le brillaban los ojos.

Ochenta mil. ¡Ochenta mil! *¡Ochenta mil!* ¡OCHENTA MIL...!

—¿Qué os hace pensar que yo pueda conseguir lo que no conseguiré la policía? —preguntó de todos modos.

—El hecho de que conoces como nadie los bajos fondos. Sabemos que solo ahí puede estar la clave.

—¿Y por qué piensas que conozco como nadie los bajos fondos?

—Porque tú eres bajo fondo, Clay, porque tú eres basura —dijo cariñosamente Carruthers mientras escupía al aire.

—Gracias, teniente. Pareces mi padre.

—¿Vas a ponerte a trabajar o no?

—Claro que sí, Carruthers. Y te aseguro que no daré ningún resbalón. Me pongo en marcha.

Fue hacia la puerta.

SFLAAAAAMM...

Se estrelló contra la pared. Acababa de resbalar sobre los sujetadores que se dejó olvidados Olga.

Carruthers hizo un gesto de asco.

—Mantenme informado —dijo—. En ese papel está mi número de teléfono si ocurre algo grave y no me encuentras en las oficinas. Pero ten cuidado porque no es el número de teléfono de mi casa.

—¿Pues de dónde es?

—De la casa del dueño del Banco. Suelo dejarme caer por allí cuando está sola su mujer.

Y salió muy dignamente.

Apenas acababa de largarse cuando entró Manson.

Manson llevaba un ojo morado.

Parecía hundido, deshecho.

Clay dio un felino salto intentando esconder algunas de las cosas que había allí, pero no pudo.

Manson susurró:

—Me parece que esa ropa la conozco.

—Diablos, no sé cómo está aquí... De todos modos no te preocupes, porque todas son iguales. Las fabrican en serie.

Manson no prestó atención a aquel detalle. Parecía más hundido, más derrotado cada vez. Balbució:

—Anoche, al salir de aquí, unos energúmenos me dieron una paliza en la calle. No sé lo que pasa.

—Algunos locos —se apresuró a decir Clay—, algunos irresponsables, algunos homosexuales, seguramente. Pero te aseguro que yo no tengo nada que ver, muchacho. Si vienes a reclamar...

—No es eso, Clay... No, no vengo por eso.

—¿Pues por qué? —balbució el detective, más alarmado cada vez.

—Han matado a mi mujer —dijo Manson con voz opaca.

### CAPÍTULO III

John Clay echó bruscamente la cabeza atrás. Sus ojos se entreabrieron un momento. No se dio cuenta, pero sus dedos se apretaron peligrosamente sobre el borde de la mesa.

—¿Cuándo? —preguntó velozmente—. ¿Quién?

—La mataron anoche.

—¿Pero tienes alguna idea de quién pudo... pudo...?

—Sus violadores —dijo Manson con un hilo de voz.

—¿Quuuuuéeeee?

—La violaron tres hombres, Clay... Eso es lo que afirma el forense por las huellas halladas recogidas en el cadáver. Resulta terrible hablar de esto, Clay, pero los médicos te dan esos datos con una absoluta frialdad, como si hablaran de un experimento en el zoo... Comprendo que los policías también necesitan esos detalles para saber por dónde andan, pero yo me siento derrotado, perdido, hundido... No tendré ganas de vivir hasta que mi mujer sea vengada. Por ahí hablan del perdón, de la redención del delincuente y no sé cuántas cosas más, pero nadie sabe lo que es el delito hasta que lo sufre en su carne. Tú no sabes lo te... lo terrible que es eso. Mi mujer murió desangrada.

—Una violación, aunque la hagan tres salvajes no es para... para morir de... desangrado —balbució Clay—. No es normal.

—Es que no hay nada en este miserable asunto que sea normal, John.

—No acabo de entenderte.

—Por lo que acaba de decirme la policía, no se trata del primer caso. Hace muy poco, ultrajaron a una enfermera en Queens, cerca de la antigua Exposición Universal, y también fueron tres hombres. La chica sufrió lo suyo, pero cuando pensaba que lo peor ya había pasado, empezó realmente su suplicio. Con unos instrumentos que quizá eran quirúrgicos o quizá simples navajas, no se sabe, le

destrozaron sus partes genitales. Esa chica se salvó porque era muy joven y fuerte, pero no podrá volver a ser una mujer normal, nunca más, por mucho que la operen. Y tampoco podrá ser madre.

Clay cerró los ojos un momento.

—¿Con Olga ocurrió lo mismo? —preguntó con una voz que le pareció extrañamente lejana.

—Sí, pero Olga no tuvo tanta suerte. No hubo manera de contenerle la hemorragia y murió desangrada.

Clay abrió los ojos otra vez. De pronto tuvo la absurda sensación de que el despacho daba vueltas en torno suyo.

—Tiene que tratarse de un grupo de sádicos y de locos —musitó.

—Quizá no tan locos, John.

—¿Qué quieres decir?

—Que siguen un plan metódico.

—¿Un plan metódico en qué sentido?

—Verás... La enfermera a la que atacaron en el Queens era mulata. Mi mujer era judía. La policía no está demasiado segura, pero ahora trata de desenterrar otros dos casos ocurridos en Nueva York y en la que una de las víctimas era negra y la otra una mestiza india. Sufrieron idénticas lesiones y también quedaron imposibilitadas para la maternidad.

Otra vez los dedos de Clay se cerraron peligrosamente sobre el borde de la mesa.

La cabeza le daba vueltas.

¿Podía hablarse de una banda de delincuentes rada les? Pero en ese caso, ¿qué pretendían?

Una cosa estaba clara, y era que se trataba de una organización criminal todo lo miserable, rastrera y vil que se quiera, pero que podía llegar muy lejos. Si obedecían las normas de un plan bien preparado, llegarían a sembrar el terror en todo Nueva York.

La voz de Manson llegó muy débil hasta él, arrastrándose como si suplicara.

—John, yo tengo confianza en ti. No puedo pagarte apenas dinero, pero aun así me atrevo a pedirte que vengues a mi mujer. ¡Tienes que trabajar día y noche para vengarla! ¿Entiendes? *¡Para vengarla!*

Clay cerró otra vez los ojos. No quería que su cliente viera la expresión que pasaba por ellos.

Trabajar día y noche... Y, mientras tanto, ¿el encargo de Carruthers qué? ¿Adónde diablo se iban los ochenta mil dólares?

—Amigo —dijo con voz hipócrita—, amigo del alma... Lo malo, lo terrible es que yo no puedo encargarme de ese caso, ahora. Me acaban de encargar justo..., justo hace unos minutos algo que no puedo dejar. Algo que es importantísimo.

—Qué extraño, Clay... Tú no tenías trabajo nunca.

—Se trata de... Bueno, un caso de conciencia. He de encontrar, antes de que sea demasiado tarde, a los secuestradores de una niña.

Manson ni siquiera tuvo fuerzas para protestar.

Con las espaldas hundidas, con los ojos borrosos, con los pies que arrastraban, apartó la silla y fue hacia la puerta. Estuvo a punto de resbalar sobre los sujetadores de marras, tirados en el suelo, pero no se dio cuenta.

—Ahora puedo estar seguro de que mi mujer nunca será vengada —dijo—. De todos modos no te preocupes, John. Por si puedes asistir al entierro, será mañana a las once.

Y fue a salir.

Los puños de Clay golpearon entonces la mesa.

Pero él no se dio ni cuenta.

Sentía un extraño nudo en la garganta.

—¡Manson! —llamó.

—¿Qué?

—Que le den por el saco a Carruthers.

—¿Quién es Carruthers? ¿La niña secuestrada?

—Que se meta los ochenta mil donde le quepan.

—¿Qué son los ochenta mil? ¿El rescate?

—Tú no entiendes nada, Manson. Me temo que no has entendido nada nunca, pero es igual. Vuelve y siéntate. Me hago cargo de tu caso.

Manson volvió, siempre arrastrando los pies, y estuvo a punto de resbalar otra vez sobre la prenda íntima que estaba en el suelo.

—Estos sujetadores... —musitó—. ¿Dónde los he visto yo antes...?

La clínica privada Bluebird.

Un nombre poético. Unos jardines amplios y luminosos por donde paseaban los pacientes. Unas habitaciones de lujo. Unas facturas como para caerte muerto, aunque los médicos te hubieran

dado de alta.

Puesto que la enfermera mulata trabajaba allí, era allí donde le daban asistencia médica, bajo el control de la policía. Clay tuvo grandes dificultades para llegar hasta su cama, pero al fin las pudo vencer.

La chica tenía los ojos cerrados.

No quería mirar a nadie. Se sentía sucia, hundida.

Y encima, como si fuera la culpable, palpitaba en su cara la desesperación y la vergüenza.

—No quiero hablar con nadie más —balbució sordamente—. Ya me han interrogado bastante y ya me han hecho las suficientes preguntas ofensivas. Por Dios... ¡fuera!

Clay musitó:

—Yo no soy la policía, amiga mía.

—La policía no conseguirá nada —balbució ella—. Y en caso de que detengan a aquellos hombres, serán condenados a una pena ridícula...

—Por eso le digo que no soy la policía.

—¿Pues qué es?

—La venganza.

Ella abrió los ojos de golpe.

Miró entre sorprendida y aterrada a aquel hombre alto, rígido, con planta de boxeador profesional, que la contemplaba desde arriba.

—¿La venganza? —musitó.

—Puedo garantizarle que este crimen no quedará impune.

Ella suspiró, desalentada.

—Todos dicen lo mismo... Pero oiga bien esto, hermano: si quiere saber algo, vaya a preguntar a la Brigada de Costumbres. Yo ya estoy cansada de hablar.

—Comprendo que les ha dicho todo lo que sabía y comprendo que esté desalentada, pero yo sólo quiero preguntarle dos cosas. Una de ellas es preguntarle si sus agresores hablaban bien el inglés.

—No.

—¿Qué acento tenían?

—No lo sé. Y en aquel momento..., ¿cómo hubiera podido fijarme en eso?

—Lo entiendo muy bien, pero quizá pueda reflexionar. Por

ejemplo, cuando notó que hablaban mal el inglés fue porque la pronunciación le resultó rara. ¿Rara en qué? ¿Qué letras eran las que pronunciaban mal? ¿Lo recuerda?

—No.

—¿La «a» y la «e», que tienen muchos sonidos distintos en inglés? ¿La «o», que también se las trae? ¿La «h»?

La muchacha movió un momento la cabeza.

—Sí, eso es... Ahora lo recuerdo. Era la «h». La pronunciaban como una «j», pero alargándola y con mucha fuerza, vocalizándola.

—¿Pronunciaron algún nombre?

—Sí, sólo uno. La policía ya lo sabe.

—¿Cuál era ese nombre?

—Amin.

Clay entornó los párpados.

—«Amin» es un nombre árabe —dijo con voz opaca—. La pronunciación de la «h» como una «j» alargada también es propia de los árabes. Creo que ya sé bastante, muñeca. Te traeré un regalo muy pronto.

—¿Qué?

—Pedacitos de esos tíos envueltos en papel higiénico.

Y se largó tan tranquilo. Como si no hubiera dicho nada.

El lugar se llamaba La Kasbah.

Era el quinto tugurio árabe de Nueva York que visitaba Clay aquella noche. Como buen conocedor de los bajos fondos conocía los lugares donde se reúnen los turcos, los griegos, los jamaicanos, los libaneses y los egipcios. Por supuesto que en Nueva York hay mucha gente de esas nacionalidades que tiene prósperos negocios y recorre la Quinta Avenida con cada coche que marea, en especial los griegos, que han creado empresas familiares muy sólidas. Pero los lugares en los que Clay estaba hurgando eran otra cosa.

El rastreaba los tugurios en que se reúnen por unas horas los marinos que llegan al puerto de Nueva York en buques de matrícula extranjera. Sitios donde se puede beber sin límite, se puede adquirir droga, se puede poseer a una mujer y se puede atrapar una blenorragia de las que salen por las orejas. En fin, esos lugares estupendos que existen en las grandes ciudades para fomento de la salud pública.

Clay sabía que los culpables no eran marinos en tránsito, pues

los atentados se habían repetido a lo largo del tiempo, y unos marinos en tránsito no hubieran permanecido tantas semanas en Nueva York, a menos que su buque estuviera en dique seco para ser reparado. Podía ser eso o podía ser otra cosa, pero de un modo u otro Clay estaba seguro de conseguir indicios.

Se metió en La Kasbah.

Y, por fin, tuvo suerte. Encontró allí a un gran amigo, un amigo del alma. Clay había estado a punto de romperle la columna vertebral la única vez que tuvo dinero para ir a París, en un bar llamado Cartague que está en el bulevar de Clichy. El amigo del alma había estado a punto de caparle con un sacacorchos en uno de los pasillos de la estación del Metro de Pigalle. Total, que fue un encuentro de lo más cariñoso y emocionante.

El árabe gritó:

—¡Hijo de zorra!

Clay abrió los brazos mientras exclamaba:

—¡Hermano! ¡Resulta que somos hermanos!

El árabe masculló:

—La pelea que tuvimos fue por una mujer, pero ahora va a ser por otra cosa. Te arrancaré las tripas.

Clay sonrió.

—Perfecto, macho. Ahora, ¿por qué nos vamos a pelear? ¿Por un hombre?

—Creí que te habían enterrado, Clay. Pero te juro por éstas que lo harán mañana sin falta.

Y le envió un regalo con una navaja de muelles.

El tipo era de los que saben el oficio.

Su movimiento de zigzag resultó alucinante.

Pero Clay también sabía el oficio. No se cría uno en los *slums* de Nueva York sin aprender unas cuantas cosas. Esquivó con una flexión de cintura, dejó que la punta de la navaja patinase por la barra y propinó un terrible golpe con el canto de la mano en el hígado de su enemigo. Éste vaciló, boqueando.

Pero movió vertiginosamente la navaja hacia donde estaba Clay.

Clay esperaba aquello. No en vano eran viejos rivales y conocía sus métodos.

Le sujetó la muñeca y frenó el golpe. Luego le clavó la rodilla izquierda en el bajo vientre. Fue una de esas combinaciones que le

hacen temblar a uno hasta la dentadura.

El árabe boqueó de nuevo.

Y Clay le destrozó entonces la boca con el borde de una jarra de cerveza.

No estaba para cuentos esa noche. Había venido a trabajar y no quería obstáculos en su camino.

El árabe se retiró mientras soltaba un manantial de sangre. Estaba fuera de combate hasta que se encontrara otra vez con Clay, quién sabe si en un depósito de cadáveres o en un prostíbulo de Formosa.

Pero los problemas no habían terminado para el detective privado. Inmediatamente el matón del local vino hacia él.

Embestía como un toro.

El golpe brutal de su cabeza podía doblar a un hombre en dos, pero Clay no se entretuvo en comprobarlo. Logró esquivar en la última décima de segundo, mientras la testa de su enemigo hacía un agujero en la barra. Sin embargo, aquel tipo no perdió el conocimiento.

Era un bisonte.

Se volvió con los ojos ligeramente blancos mientras esgrimía a su vez una navaja.

Clay disparó su puño derecho.

¡CHASK!

La mandíbula crujió como una botella que se rompe.

El matón vaciló. Un terrible puntapié al estómago lo hizo volar y lo envió por encima de la barra.

Una camarera recibió el impacto. Rodó por el suelo con él.

Ninguno de los dos se levantó.

Pasaron dos minutos. Tres.

En vista de que no salían, Clay miró hacia el interior por encima de la barra, temiendo haber matado a la camarera. El otro le importaba poco.

Pero ninguno de los dos estaba muerto.

Seguro que no.

Zis, zas... Zis, zas.

Ya que estaban en el suelo y a cubierto, los pájaros aprovecharon el tiempo.

Clay preguntó:

—¿Tenéis para mucho?

Como no le contestaban, volvió a su posición normal, dejando de estar asomado al interior de la barra, y dijo a los clientes:

—No les molestéis en cosa de cinco minutos, a ver qué pasa.

Y fue al fondo del local.

—¿Adónde vas? —preguntó otra camarera.

—El dueño se llama Fuad. Es amigo mío —contestó Clay.

—¿De qué le conoces?

—De deberle cien dólares. ¿Te parece poco?

Y entró en el despacho.

La voz femenina dijo entonces ásperamente desde el interior:

—Los cien dólares los empleas en llevarle una corona.

—¿Es que ha muerto? —preguntó educadamente Clay.

La mujer vestida de luto que estaba dentro masculló:

—¿No lo ves?

—Me parece que sí —susurró el detective.

—Lo llevo todo de luto. Enteramente. El vestido, los zapatos, las medias, la ropita interior, el ligüero... Mira, mira, mira.

Y le iba haciendo una exhibición de todas las prendas más o menos íntimas que iba enumerando. Como la chica no debía tener más allá de veinticinco años, Clay murmuró:

—Sigue, sigue, sigue...

—No hay más. Ya está.

—Pues sí que se han acabado pronto los detalles de luto... En fin, le doy mi pésame, señora.

—¿Qué señora ni qué leches?

—¿No es usted la desconsolada viuda? —preguntó finamente Clay.

—La desconsolada viuda aún no se ha enterado de que el marido ha muerto, porque no lo veía. Yo era la... otra. Por cierto, ¿ya sabes de qué murió el pobre Fuad?

—¿Quizá del disgusto de saber que sus amigos nunca le devolverían el dinero?

—No. Murió de agotamiento.

—No me lo creo. Era un toro.

—No te lo crees, ¿eh?

Y avanzó hacia él. Mientras tanto se quitaba el único detalle de luto que al parecer no le interesaba, y que era el vestido negro.

Clay susurró:

—Podríamos probar...

—Claro que sí. ¿Sabes por qué me gustas? Porque eres el único que ha hecho volar por encima de la barra a esa bestia humana de Kabir. Ojalá lo hubieras matado, porque no lo soporto. Cada noche se empeña en ir conmigo.

—Así me explico que sólo haya resistido dos golpes —dijo tímidamente Clay.

Y se lanzó al ataque a ver qué pasaba.

Los dos rodaron por el diván mientras la opulenta mujer gritaba:

—¡Así!

Su ímpetu fue tan tremendo que Clay murmuró:

—¿Seguro que no nos interrumpen?

—Claro que no. Pierde cuidado. En el pomo de la puerta siempre está puesto el letrero de «*Not Disturb*».

—No, si no lo decía por eso —susurró Clay, sintiéndose perdido —. Era sólo por saber si alguien podía encargarse de llamar una ambulancia...

## CAPÍTULO IV

La opulenta mujer empezó diciendo mientras se contorsionaba y movía arriba y abajo sus opulentas caderas:

—Mi difunto y querido Fuad también pedía ambulancia en sus últimos tiempos, pero yo no le hacía caso. Por fin, cuando llegó una, ya no estábamos a tiempo. Pero muévete, caray... Todos los hombres sois unos inútiles... ¿Es que no quieres pelear?

*¡Clinc!*

Primer asalto.

Ella lanzó una carcajada.

—¿Qué? ¿Empiezas a estar hecho polvo, no? Pues no te preocupes, porque una ambulancia ya se llevará tus restos...  
¡SIGUE! ¡Ay!

*¡Clinc!*

Segundo asalto.

Ella bisbiseó:

—Oye, ¿sabes que... qué?...

—¿Qué pasa que no colaboras? —preguntó Clay.

—Bu... bueno... Lo que tú digas.

*¡Clinc!*

Tercer asalto.

Ella se puso a gemir:

—¡Una ambulancia, pronto, una ambulancia! ¡Que alguien llame al servicio de urgencias!

Clay preguntó mientras se disponía a encender un cigarrillo:

—¿Tan molida estás?

—Quiero hacer testamento... —gimoteó la honesta señora—. ¡Ay!

—Antes de hacer testamento dime unas cuantas cosas. Para eso he venido aquí.

—Todos los hombres sois lo mismo —se quejó ella—. Venís por

el interés. Bueno, si quieres saber quién me falsifica las etiquetas del *whisky* inglés, te lo digo en seguida.

—No es eso. Voy detrás de un árabe llamado Amin. He husmeado en todos los tugurios islámicos de Nueva York sin conseguir nada. Tú eres mi última esperanza.

Ella se puso en pie y se estiró las medias.

—Amin... —balbució—. ¿Qué más sabes de él?

—Habla muy mal el inglés y tiene ciertos conocimientos de medicina. Por lo menos sabe lo que hay que hacer para destrozarse de una manera definitiva a una mujer.

—¡El muy hijo de puta! ¿Y por qué no hace eso con su madre?

—Quizá porque no la conoce.

La desconsolada viuda musitó:

—Amin... Amin... Sí, me parece que recuerdo algo.

—No se trata del dictador de Uganda, chata. A ver si resulta que me haces ir a Kampala a buscarlo.

—No, Claro que no es eso... Pero por aquí venía uno que sí era un gran admirador de ese sangriento dictadorzuelo. Incluso se le parecía físicamente. Enorme, fuerte, casi negro... Eso es: y se hacía llamar Amin aunque ése no fuera su nombre.

Clay entornó los párpados con un gesto de interés.

—¿Iba solo? —preguntó.

—Esos tipos nunca van solos —dijo la mujer, con una notable dosis de sentido común—. Si no, ¿ante quién presumirían?

—¿Se le veía con otros dos?

—Con dos o más. Siempre en grupo.

—¿Tienes idea de dónde se le puede encontrar? ¿Es ciudadano norteamericano? ¿Tiene dirección fija?

—No, no es ciudadano americano. Es marino, pero ahora su buque está en el dique para cambiar máquinas.

—Lo imaginaba —susurró Clay—. ¿Qué buque?

—Tiene matrícula griega. Déjame que... Sí, a ver si lo recuerdo... Se llamaba *Livartos* o algo así. Eso es... Algo parecido a *Livartos*.

Clay chascó dos dedos.

—*Okay*, nena.

—¿Volverás?

—¿Con ambulancia o sin ella? —preguntó Clay.

—Sin ambulancia. Me he estado reanimando mucho en este ratito, ¿sabes, amor? Ya estoy otra vez en forma. Anda, ven. Date prisa. ¿A qué esperas para perderme?

—¿*Para qué?* —gimió Clay, estirando una oreja.

—Para perderme. Yo era una mujer digna hasta que caí en tus brazos —gimoteó ella—. Anda, ven.

Pero Clay no le hizo caso.

Abrió la puerta.

Tomó el cartelito que decía: «A of *disturbo*».

Y se lo colgó encima, de la parte delantera de los pantalones.

Era su único sistema de defensa.

Luego salió silenciosamente.

Aunque Clay fingía estar muy en forma, la verdad era que apenas se tenía en pie. El regodeo con la desconsolada y honestísima viuda, del que en vano había tratado de huir, resultó tan demoledor que las piernas apenas le sostenían. Antes de ir a los muelles del West Side, necesitó meterse en un tugurio y beber dos vasos de *whisky* inglés según la etiqueta, pero que seguramente era *whisky* turco. Después de eso se sintió más en forma.

Fue más allá de la Avenida Doce.

Buen sitio ése, sí, señor.

Muelles silenciosos y solitarios. Enormes almacenes dentro de los cuales te pueden convertir en embutidos sin que se entere ni tu viuda. Oscuros coches aparcados, dentro de los cuales uno no sabe si están vendiendo *hachís* o violando a su hermana. Barcos atracados y cuya tripulación está ausente. Prostitutas que parecen escapar del hospital de infecciosos. Maricas que te piden fuego mientras te guiñan el ojo y te hacen sonar ante las narices las llaves de su apartamento.

Pero todo este mundo no era nuevo para Clay, porque si algo conocía él bien en Nueva York eran los bajos fondos. Por lo tanto se introdujo entre los callejones que separan los almacenes, mientras sus ojos de halcón taladraban la oscuridad. Sabía que se estaba metiendo en un terreno resbaladizo y del que además quizá no iba a salir vivo, porque él nunca llevaba armas.

*Vio el Livartos.*

En efecto, estaba en el dique seco. Seguramente durante el día

trabajaba allí bastante gente cambiando las máquinas, pero a estas horas de la noche la soledad era absoluta.

Si algún buque guarro se ha visto en el mundo, era el *Livartos* precisamente. La roña llenaba la línea de flotación, pero además subía hasta el puente, llegaba a los camarotes y casi tapaba la chimenea. El *Livartos* era uno de esos buques que los miras y ya has cogido una enfermedad infecciosa.

Clay se coló como una sombra por el dique seco. Sabía moverse con el silencio y la agilidad de un gato.

Subió por la escalerilla metálica que los obreros habían tendido. Arriba no se veía a nadie.

Avanzó con sigilo entre las mamparas arruinadas y las piezas de maquinaria a medio colocar.

Seguía actuando con la prudencia y el silencio de un gato.

Pero también actuó como un gato el tipo que estaba tras él. Protegido por una montaña de piezas metálicas, apuntó cuidadosamente con su «Magnum» provisto de silenciador.

La cabeza de Clay estaba en su punto de mira.

¡Fuego!

Sólo al hecho de que un pedazo de cubierta se hundiera bajo sus pies debió Clay el seguir vivo. Todo su cuerpo desapareció en el vacío mientras la bala casi le dejaba calvo. No la llegó a oír, pero notó en la piel su presencia veloz y caliente.

De pronto rodó por una oscura bodega.

Sobre su cabeza podía distinguir una mancha de claridad en el sitio donde la cubierta acababa de hundirse. Se dio cuenta inmediatamente de que su enemigo asomaría por allí para balear toda aquella zona, y por lo tanto Clay pasó a la acción. La iniciativa era la única cosa que no podía perder.

Se encaramó a una enorme caja vacía.

Desde allí podía saltar hasta la improvisada claraboya.

Y, en efecto, vio al del «Magnum» asomar la cabeza. Lo primero que hizo aquel tipo fue rociar de balas toda la zona en que había caído Clay, suponiendo que aún no habría tenido tiempo de moverse de allí.

Clay esperó a que gastara las seis balas. La que antes disparó aquel tipo, ya había sido repuesta.

Y, de pronto, pasó a la acción.

Sujetó a aquel pájaro por uno de los tobillos.

Tiró de él.

Se oyó una maldición salvaje.

Y un suave «tlac».

Clay no había guardado ceremonias.

Sabiendo que había más enemigos allí, acababa de liquidar al primero echándole brutalmente la cabeza a un lado y rompiéndole las vértebras cervicales.

Pero, aunque había procurado no hacer ruido, la alarma ya había sido dada en el buque después del hundimiento de parte de la cubierta. Una de las puertas de la bodega se abrió y por ella pareció saltar al aire un chorro de luz.

Dos sombras surgieron.

Clay tembló. Había visto que los dos llevaban escopetas con los cañones aserrados. Y él disponía ahora de un «Magnum», pero... ¡un «Magnum» que no llevaba balas!

Saltó entre la semioscuridad.

De todos modos le vieron.

¡BANG!

La terrible andanada, disparada con los dos cañones a la vez, dejó marcada hasta el fondo una de las paredes del buque. Clay volvió a saltar.

—¡Dale! ¡Ha matado a Nilson!

Los dos tipos se habían dado cuenta ya de que el pájaro del «Magnum» estaba muerto. La segunda escopeta giró.

¡RAAAAANC!

Ahora había sido un verdadero trueno, porque los cañones de la segunda escopeta estaban repletos de metralla. Todas las piezas de maquinaria que había abajo quedaron picoteadas. Si la descarga llega a alcanzar de lleno a Clay, de éste no queda ni lo que poco antes hubo debajo del «*Not disturb*».

Pero ahora sus enemigos no podían disponer de las dos escopetas, porque éstas necesitaban un cierto tiempo para ser cargadas otra vez. Y Clay pasó a la acción inmediatamente otra vez, porque sabía que ahora todo dependía de unas décimas de segundo.

Saltó junto a uno de los esbirros.

Éste hizo con la escopeta un movimiento de molinete para destrozar la cabeza de Clay con un culatazo.

No pudo.

A él le quedó destrozado algo que está bastante más abajo de la cabeza.

El puntapié en el bajo vientre fue de los que por poco salen por la espalda. El buitre sintió que parte de su más delicada anatomía estaba a punto de salir por la garganta. Lanzó una especie de ronquido y se llevó las dos manos a las zonas afectadas, mientras se le desencajaban los ojos y le fallaba la respiración.

Se notaba que el tío tenía ganas de dormir y de olvidar.

Clay le ayudó un poquito.

El terrible gancho que le clavó en la mandíbula lo levantó del suelo y lo envió contra las piezas de maquinaria.

Pero el otro ya había vuelto a cargar su escopeta con dos cartuchos de caza de perdigón grueso. Alzó los cañones.

Clay no había supuesto tanta rapidez. Lo único que pudo hacer fue dar un puntapié a la escopeta en el momento en que ésta se disparaba.

La mortífera carga casi le afeitó, pero acabó perdiéndose en el vacío. Clay volvía a disponer ahora de una pequeñísima ventaja.

No pudo aprovecharla.

Acababa de quedar desestabilizado a causa del puntapié y rodó por el suelo. La culata de la escopeta se estrelló en las planchas metálicas, junto a su cabeza. No le quedó más remedio que saltar hacia la puerta por la que acababan de entrar sus dos enemigos.

El que quedaba vivo gritó:

—¡Amin!

Clay se estremeció. Ahora ya podía estar seguro de que acababa de llegar al sitio exacto. Corrió locamente hacia unas escaleras que llevaban de nuevo a cubierta, porque el de la escopeta podía volver a cargarla en un tiempo récord. Era el tipo más rápido que Clay había visto nunca.

Subió por aquellas escaleras.

Otra andanada le siguió los pasos.

«Si esto sigue así —pensó—, ellos se quedan sin buque y yo me quedo sin pelotas...».

Una vez en cubierta, se dio cuenta de que allí podían dominarle fácilmente. Necesitaba llegar cuanto antes al puente superior para tener una perspectiva total del buque. De modo que subió por unas

escalerillas y alcanzó en unos segundos el puente de mando. Desde allí pudo distinguir a Amin.

Tenía que ser él.

Enorme, calvo, gordo, casi negro, vestido solo con unos pantalones y exhibiendo orgulloso su tórax de boxeador pasado de moda.

Clay sintió que el odio subía hasta su garganta.

Allí estaba la hiena.

Voló hacia Amin, pero no lo hizo con el solo impulso de sus piernas. No hubiese llegado nunca. Empleó para ello una de las cadenas que colgaban desde la grúa que cargaba la maquinaria nueva, muy por encima de la cubierta. Al extremo de esa cadena había un enorme garfio.

En una película de Tarzán no se hubiera visto un vuelo tan perfecto.

Un espectador hubiera podido decir: «¡Magnífico!». Pero Clay, que era el que estaba volando, pensaba todo lo contrario: «Que me despeloto... Que me despeloto...».

Amin intentó apartarse.

Ya no pudo.

Era fuerte como un buey, pero los bueyes son unos animales lentos.

Los dos pies de Clay le dieron en la cara. Desde aquella altura, el impacto fue arrasador. Los dientes de Amin saltaron en todas direcciones mientras la cara se le cubría de sangre.

Clay se soltó.

A causa de su propio impulso, chocó contra una de las mamparas. Estuvo a punto de derribarla mientras todo su esqueleto sufría una brutal sacudida.

Pero en seguida reaccionó.

La cadena con el garfio aún estaba cerca.

La volvió a sujetar.

Distinguió por una de las escotillas que asomaba otra vez el tipo de la escopeta. El primero debía seguir sin conocimiento, pero el segundo estaba allí.

Clay lanzó el garfio.

Fue un golpe brutal.

Alucinante.

La pieza de metal se clavó en la nuca de su enemigo. Clay tiró de ella.

Ni siquiera se oyó un grito.

La pieza de hierro acababa de llegar hasta el fondo del cerebro de aquel hombre. Pero Clay lo arrastró todavía un par de yardas hasta convencerse de que estaba muerto.

Y entonces se volvió hacia Amin.

Éste tenía la cara y el pecho cubiertos de sangre, puesto que su boca era un auténtico manantial. Ciego de odio, intentó cazar a Clay con alguno de sus poderosos puños.

Fue inútil.

Seguía resultando demasiado lento, como le ocurriría al verdadero Amin si volviese a subir a un *ring*. Lo desharían.

Clay le disparó dos cortos demoledores al estómago, porque supuso que lo tendría flojo. Y no se equivocó. Su enemigo se inclinó en seguida hacia delante mientras boqueaba.

El cruzado que le dedicó Clay resultó fulminante.

A otro hombre lo hubiera deshecho, pero a Amin lo envió solamente contra una de las anticuadas tomas de aire. Y el gigantón demostró entonces que seguía siendo una roca.

Se rehízo.

Sus manos ansiosas buscaron algo para atacar. Y entonces hallaron... ¡uno de los sopletes que se empleaban para la reparación del buque!

Los ojos de Clay se desencajaron, entonces.

Supo que iba a morir.

El chorro de fuego partió en busca de su cara.

## CAPÍTULO V

Solamente la desesperación salvó a Clay en este momento definitivo. Eso y la falta de puntería de Amin, que aún no se había repuesto por completo y vaciló en los primeros segundos, al dirigir el soplete.

Clay saltó hacia atrás mientras el chorro mortífero pasaba junto a su cuerpo. Un rollo de cuerdas le sirvió de protección. Amin corrió hacia allí mientras de su garganta escapaba un salvaje grito de triunfo.

De un modo instintivo, Clay le lanzó la cuerda procurando que tapara el soplete. En efecto, el chorro de fuego la quemó, impidiendo que llegase hasta el detective privado. Pero ahí se habían terminado todas las posibilidades de Clay.

No iba a poder esquivar.

Oyó un chirrido lejano sin darse cuenta de que era el chirrido de su propia garganta.

Sin embargo, Amin se había enredado un brazo con la cuerda e intentaba desembarazarse de ella. Eso le impidió dirigir bien el soplete y dio a Clay un levísimo margen para contraatacar.

Tiró bruscamente de la cuerda en la que Amin estaba medio enredado.

Se oyó un grito.

El gigantesco árabe vacilaba a punto de caer.

Pero el soplete seguía en sus manos.

Clay se lo jugó entonces todo a una carta, valiéndose de su agilidad muy superior. Aprovechando que el otro aún intentaba desenredarse, hizo una finta y se situó a su espalda.

Amin intentó girar.

Pero no pudo conseguirlo. Clay le trababa con los pies mientras empleaba las dos manos para sujetar el brazo derecho de su enemigo, a cuyo final estaba el terrible soplete. El chorro de fuego

seguía brotando y llenaba la noche.

El pesquisa se lo volvió a jugar todo a una carta. Sabía que no iba a poder seguir así por mucho tiempo ya que su enemigo era mucho más fuerte. Tenía que aprovechar el efecto de la sorpresa y, por lo tanto, hacer inmediatamente algo. ¡Lo hizo!

Bajó bruscamente el brazo derecho de Amin, valiéndose de los dos suyos, antes de que el gigante reaccionara. Con aquel gesto bajó el brazo, bajó el soplete... ¡bajó todo!

Un hombre más inteligente hubiera soltado el soplete al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, pero Amin no era inteligente. Siguió manteniendo entre sus dedos aquel artefacto infernal pensando que ello le daba ventajas. No se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde de que el chorro de fuego bajaba y bajaba... *¡hacia él!*

Todo sucedió en unos segundos, un tiempo demasiado corto para que Amin llegara a pensar. Cuando soltó el soplete, las llamas ya le habían abrasado las piernas, pero no era eso lo peor. El chorro de fuego le había llegado hasta el bajo vientre.

El alarido debió oírse en toda la Avenida Doce.

Pero, a pesar de eso, nadie vino hacia el barco. En según qué ambiente de Nueva York donde la policía sabe que los delincuentes pelean entre sí, suele dejar que los propios delincuentes se las compongan.

Amin se retorció por el suelo.

Ni siquiera podía llevar las manos hasta la parte afectada porque se hubiera abrasado los dedos.

Toda la parte posterior de sus pantalones ardía.

Desesperadamente intentó lanzarse al agua, lo que tal vez le hubiese permitido salvar la piel, aunque con vertido en un eunuco.

Pero Clay no le permitió ni eso.

De un gancho lo derribó por cubierta.

Amin aún pudo ponerse en pie.

Vino aullando hacia él.

No era un hombre, era ya una especie de muñeco destrozado que se estaba desintegrando por dentro.

Para Clay resultó fácil destrozarle la cara con dos puñetazos más. El gigante cayó rodando.

Y quedó *K. O.* Perdió el conocimiento como si su cerebro se hubiera vaciado por completo. Pero fue mejor para él.

Todo su vientre ardía.

Clay se dio cuenta entonces de que, pese a que en aquella zona de Nueva York sólo impera durante la noche la ley del hampa, algún policía no tardaría en llegar. Normalmente los patrulleros sólo intervienen cuando ya se ha producido el silencio y cuando piensan caritativamente: «Estupendo. Ahora ya están todos muertos».

Por lo tanto corrió hacia la bodega donde aún debía haber un hombre sin sentido. Era el único que le podía informar.

Lo encontró cuando aún se tambaleaba.

El pajarraco balbució:

—¡Maldito!...

Clay lo envió de un gancho contra la pared.

Luego le sujetó por el pelo mientras le clavaba la rodilla en el bajo vientre y le aferraba el cuello con los dedos de la mano derecha. Un solo movimiento bastaría para romperle las vértebras, y aquel tipo tenía motivos más que suficientes para sospechar que Clay sabría hacer ese movimiento muy bien.

El pesquisa barbotó:

—Tienes dos opciones, muchacho.

—¿Cu... cuáles?

—O soltar por la boca todo lo que sabes o soltar por la boca todo el hígado. Elije, cariño.

—Di... diré lo que sé.

—En primer lugar, ¿vosotros violasteis a esas chicas?

—Yo... no. Fueron los otros.

—¿De verdad, cariño?

—Bueno, yo so... sólo a una.

La presión en el cuello se hizo más brutal.

—Sigue hablando, cariño. Hay todavía una montaña de cosas que necesito saber.

—Pregunta...

—Os pagan por hacer eso, ¿no?

—Es verdad que nos pagan.

—¿Quién?

—Maynard.

—¿Quién leches es Maynard?

—Un intermediario.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—Eso ya no lo sé.

Clay tenía la sensación de que aquel tipejo era sincero, pero de todos modos le siguió presionando el cuello hasta casi ahogarle.

—O sea que pasáis un buen rato y encima ganáis pasta, ¿no?

—A... algo de eso.

—¿Por qué elegís siempre mujeres negras, mulatas o judías?

—Maynard... lo ordenó.

—¿Cuál era la razón?

—No lo sé.

La presión en el cuello se hizo mortífera. El tipejo aulló:

—¡Te juro que no lo sé!

—¿Por qué las destrozáis luego de modo que no vuelvan a ser nunca más unas mujeres normales? ¿De modo que nunca puedan procrear?

—Maynard lo ordenó.

—¿Y quién hacia ese puerco trabajo?

—Amin. El entiende un poco de medicina.

—*Entendía*, hermano.

El otro se estremeció.

—¿Qué le ha pasado? —Logró balbucir.

—He hecho con él filetes a la plancha.

—No te entiendo...

—Cuando veas el fiambre, si es que lo ves, empezarás a entenderlo. Pero te juro que me están entrando ganas de hacer lo mismo contigo.

—No... no hagas nada. Diré lo que sea.

—¿Por qué Maynard ordenaba esas salvajes castraciones?

—Nunca quiso dar explicaciones, pero cierta vez se le escapó algo. Dijo que la gente de según qué razas no tenía derecho a perpetuarse por medio de los hijos. Que debían quedar extinguidas.

—¿Por ejemplo negros, mulatos, judíos?...

—Sí, eso es.

—¿Maynard está loco? ¿Piensa que puede llegar a inutilizar como futuras madres a todas las mujeres de esas razas?

—No, ya sabe que no... Pero trata de implantar una especie de terror racial aquí, en Estados Unidos... Le oí decir una vez que el último objetivo era evitar que algunas razas prosperasen, porque si

las mujeres vivían aterrorizadas dejarían de tener hijos. O sea que en veinticinco o treinta años todo el panorama de este país podía cambiar... Pero insisto en que Maynard no toma decisiones. Hay alguien más arriba que le da órdenes.

—Perfecto, macho. Cantas ópera la mar de bien. ¿Y dónde puedo encontrar a Maynard?

—No lo sé.

—¿Os contrató a vosotros cuando llegasteis, como marinos, a Estados Unidos?

—Sí.

—¿Dónde entró en contacto con vosotros?

—Aquí. Parecía estar esperando un barco con tripulación árabe, porque de los árabes se fía. Dice que siempre hemos apoyado a los nazis.

—¿No habéis estado nunca en su casa?

—No.

—¿Y dónde os pagaba?

—En un piso del Bowery, cerca del Chinatown.

—¿Sabrías ir allí?

—No... no puedo. Me matará si me ve por allí sin haber sido llamado. Además, es inútil porque en seguida se enterará de esto...

—No te quito la razón, pero quiero saber dónde está ese piso. O hablas o me acompañas allí. Elije.

El pajarraco habló.

—Está encima de un bar llamado Jo's.

El piso es una pensión para borrachos. Ya sabes: el Bowery...

—Sé del Bowery todo lo que hay que saber. Sé que es el único sitio de la ciudad donde se permite deambular a los borrachos y tumbarse por el suelo sin que las autoridades les molesten. Sé también que hay allí hoteluchos donde les alquilan una cama por cuatro cuartos para que puedan seguir bebiendo, cuando no se tienen en pie. Pero lo último que quiero saber es si Maynard tiene algo que ver con el negocio del alcohol.

—No. La pensión es... es una tapadera.

Clay respiró hondo.

Soltó al tipo.

Éste se hundió a sus pies.

Pero, al ver que Clay iba a alejarse, se sintió perdido. Comprendió que Maynard le matarla en cuanto supiese que era él quien había dado el soplo. E intentó jugar su carta.

No le faltaban motivos para creer en el éxito.

El «Magnum» aún estaba en el suelo.

Lo alzó con un movimiento febril.

Clay dijo sin volverse...

—Está descargado, hermano. De lo contrario, ya te hubiese liquidado con él.

Y le disparó un terrible punterazo al cuello.

Lo hizo con una fuerza y una precisión implacables.

El marino árabe, que aún seguía semiarrodillado, se contorsionó. Sus ojos escaparon de las órbitas. La mirada quedó perdida en el aire.

A su cerebro no llegaba sangre.

Ya no se movería más.

Clay dijo mientras iba hacia la salida, al tiempo que empezaban a oírse algunas sirenas lejanas:

—No te preocupes. Te pagaré una esquila...

## CAPÍTULO VI

Los acreedores no formaban guardia aquella mañana ante el despacho, quizá porque lloviznaba. Era una de esas mañanas pesadas, tristes y grises en que parece como si los rascacielos se le fueran a hundir a uno sobre la cabeza, en que la gente parece más vieja, cansada y fea, en que hasta las mujeres al andar dejan de mover las nalgas.

Clay miró por la ventana, vio que el panorama estaba tranquilo y se dispuso a salir. No había querido ir al Bowery la noche anterior porque supo desde el primer momento que a aquella hora no encontraría a nadie. Pero ahora se dispuso a ir hacia allí, sabiendo que, de todos modos, Maynard vigilaría el sitio.

Y un tío que vigila pueden vigilarlo a su vez. ¿O no?

Iba a abrir la puerta cuando vio llegar a Manson.

Derrotado y hundido.

Con el sombrero metido hasta las orejas y la mirada errabunda.

La voz pareció salirle del ombligo cuando musitó:

—¿Sabes algo, Clay?

—De momento puedo garantizarte una cosa.

—¿Qué?

—Los violadores de tu mujer han muerto.

Manson se estremeció.

—¿Seguro? —pudo balbucir.

—A esta hora, sus cuerpos destrozados ya deben estar en la Morgue. Puedes hacerles una piadosa visita.

—¿No... no me engañas, Clay?

—¿Tienes cincuenta centavos?

—Hombre, eso sí.

—Pues cómprate el periódico y te enterarás de una pequeña masacre que hubo en los muelles anoche. Las primeras ediciones no han cogido el suceso, pero las otras sí. Llevarán sangre hasta en la

sección de deportes.

Los ojillos del pobre tipo se humedecieron. Parecieron temblarle las rodillas mientras se dejaba caer en el único sillón del despacho que aún conservaba su estructura entera.

—Clay, yo nunca podré pagarte... —balbució.

—No me debes nada, Manson. Era un deber.

—¿Un deber por qué?

—Déjalo; ahora no lo entenderías.

—Yo siempre había pensado que eras uno de esos tipos que pierden el culo detrás de los dólares. Clay.

—Y no te equivocabas. He vendido cien veces toda mi dignidad, pero resulta que aún me quedaba una poca. No lo sabía.

—Ahora que has resuelto el caso, yo...

—No lo he resuelto aún, Manson.

—¿Es que hay más?

—Claro que hay más. Aquellos miserables eran unos simples instrumentos. Yo voy a llegar hasta el fondo.

—¿Dónde?

Clay no estaba dispuesto a darle más datos. Desvió la conversación mientras hacía una mueca.

—No lo entiendo, Manson —dijo—. ¿No trabajabas en un Banco últimamente?

—Sí, de cajero.

—¿Y no tendrías que estar a esta hora en la oficina?

Manson apretó los puños.

—Cochino sistema capitalista... —rezongó.

—¿Qué pasa? ¿Te has hecho del PC?

—No, no es eso.

—¿Pues qué es?

—La madre que parió a los del Banco. Me he ido porque no podía más. No sé si seré capaz de volver.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Casi nada. Imagina que esta mañana viene un tío muy elegante, me presenta un talón en caja y me dice así como si nada: «Paga esto, hijo de puta».

—Ondia, ¿y tú qué le has dicho, Manson?

—Que era un grosero, un mal educado y que yo estaba trabajando y merecía un respeto. Además me he ido a ver al

director para saber si convenía pagarle o no a un tipo tan indeseable.

—¿Y qué te ha dicho?

—Primero ha mirado el fichero de clientes.

—¿Y qué?

—Ha visto que aquel pájaro tenía en cuenta seis millones de dólares.

—¿Y qué te ha dicho?

—Primero me ha mirado fijamente, luego me ha devuelto el talón y por fin me ha ordenado: «Pague esto, hijo de puta».

Clay arqueó las cejas.

—Tienes motivos para pensar que la vida es una mierda, Manson —susurró.

—No lo sabes tú bien. Me parece que me voy a teñir la cara y me voy a apuntar a los Panteras Negras.

Y salió de allí arrastrando los pies.

Ni siquiera parecía satisfecho por el hecho de que su mujer hubiera sido vengada.

En la despiadada Nueva York, Manson era como un corpúsculo de algo que no tenía importancia, algo que los peatones aplastaban con los pies y que un día dejaría a sus semejantes el último recuerdo en una esquila de cuatro dólares.

Clay chascó dos dedos.

—Mierda de vida... —masculló.

Pero tenía que seguir en ella, por lo menos para que los hechos miserables que le habían puesto en aquel caso no se volvieran a repetir. De modo que se largó untes de que los acreedores volvieran y se encaminó hacia el Bowery.

¿Conoce usted el Bowery?

Buen sitio, créame.

Hay un importante Banco neoyorquino que se llama así, de modo que esas calles también tienen instituciones la mar de respetables, en la medida en que un Banco lo sea. Pero gran parte de la estructura del barrio está ocupada por hoteluchos de mala muerte y por putitas de mala vida. Los borrachos deambulan a cualquier hora del día, se apoyan en las farolas, caen y vomitan la primera papilla que les dieron sus santas madres. Siempre hay alguno que trata de lanzarse por la ventana del hotel porque de

pronto se cree que es Supermán, pero como resulta que es una caca de tío, se queda doblado sobre el alféizar de la ventana mientras sus compañeros le sujetan por los zapatos. Los guardias pasan por allí con aspecto indiferente, procurando que no les manchen las salpicaduras, y solamente intervienen cuando un borracho, en lugar de beberse el líquido, trata de beberse la botella.

Pues bien, a un sitio tan instructivo como ése encaminó sus pasos Clay. La verdad era que no podía hacerse de nuevas, porque él conocía el barrio como la palma de su mano.

Vio el bar

Jo's.

Vio el hotel.

Vio la pobre borracha durmiendo en la escalera.

La chica no tendría más allá de veinte años. Tumbada como estaba, enseñaba las braguitas de color rosa y, por consiguiente, las piernas hasta arriba. La larga melena rubia le caía sobre la espalda.

Clay la sujetó por el pelo y le levantó la cabeza. Pudo ver la boca entreabierta y la mirada perdida.

Que una chica de su edad estuviera tan empapurrada daba una especial angustia, pero Clay no podía hacer nada de momento. Mientras la dejaba de nuevo susurró:

—Lástima.

Y siguió subiendo.

La chica de las braguitas rosas y de la larga melena rubia quedó tendida a su espalda.

Un borracho bajaba entonces atropelladamente. Con esa cordialidad especial de los que tienen buen vino, se abalanzó sobre Clay mientras gritaba:

—¡Tú fuiste el que me quito a mi mujer!

—¿Y qué? —preguntó Clay.

—¡Nada, hombre! ¡Que te felicito!

Y le dio un empujón que por poco lo tumba.

El pesquisa no podía tener en aquel momento ni idea de que con eso salvaba la vida. Chocó contra la pared, bajo el empuje del borracho, mientras lanzaba un gruñido.

Y entonces aquel gruñido se transformó en un grito de sorpresa. Porque una terrible mancha escarlata se dibujó en el pecho del hombre que acababa de empujarle.

No se había oído ninguna detonación, porque era seguro que acababan de disparar con silenciador. Pero Clay se volvió instantáneamente mientras el asombro se dibujaba en su rostro.

De pronto lo comprendió.

Una chica bonita y rubia que finge estar perdidamente borracha no inspira ningún recelo. Y era precisamente una chica bonita y rubia la que habían puesto allí para que le eliminase.

Ella alzaba el revólver otra vez.

Ahora ya no podía fallar.

Clay tenía una única posibilidad de salir con vida, y ésa fue la posibilidad que usó. Envio contra la chica el cuerpo del borracho muerto. Aquel cuerpo recibió dos impactos más antes de derrumbarse sobre la muchacha.

En la escalera apenas se habían oído un par de taponazos. La preciosa hembra rubia intentó sacudirse de encima el fiambre.

Pero Clay ya la había sujetado por el cuello antes de que ella se moviese. Le dio un golpe en la muñeca y le obligó a soltar el revólver, que quedó entre los pies de los dos.

La chica intentó escupirle a la cara.

Pero no pudo. La presión de los dedos de Clay en el cuello la dejaba sin respiración. Echó la cabeza hacia atrás mientras gorgoteaba:

—Maldito hijo de... de zorra...

—¿Lo dices por los que despaché en el puerto, nena?

—Eres un... un...

—Yo no sé lo que soy, muñeca, pero en cambio puedo decirte perfectamente lo que tú eres: tú eres una yanqui, no eres un árabe. ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué me has querido eliminar?

La chica no contestó.

Intentaba desesperadamente escapar, pero la presión de los músculos de Clay resultaba invencible. La chica hacía tales esfuerzos que estaban a punto de recentar.

Y de pronto brilló la esperanza en sus ojos.

Fue eso lo que alertó a Clay. Si la chica llega a tener «cara de póquer», Clay la palma. Pero le bastó verla para darse cuenta de que alguien estaba viniendo en su ayuda.

Giró la cabeza.

El tipo ya estaba en el portal.

Era alto, elástico, moreno.

Llevaba una «Luger» con silenciador en la mano derecha.

—¡Salta, Marian! —gritó.

Como la chica estaba tan pegada a Clay, no podía matar a éste sin exponerse a acribillarla también a ella. Pero si aquel tipo había tenido algún escrúpulo de conciencia se diluyó en seguida.

Actuó por la vía rápida. Les baleó a los dos aun sabiendo que así también reventaba Marian.

Fue ésta la que recibió los primeros impactos, pues al intentar escapar se había puesto sin darse cuenta delante de la boca de fuego. Una especie de trágico gorgoteo escapó de su garganta mientras todo su cuerpo se tensaba.

Clay no tenía más remedio que hacerlo.

Arrojó también aquel cuerpo contra el tipo que estaba abajo.

La chica hizo una trágica pirueta mientras rodaba por los peldaños y recibía un nuevo impacto. Esta vez fue tan certero que la bala le penetró por el pecho y le salió por la espalda.

Pero aquel buitro ya no pudo disparar más. La muchacha había caído a sus pies, tropezando con ellos y estando a punto de hacerle perder el equilibrio. Mientras tanto, Clay ya había tomado en sus manos el revólver de Marian.

Disparó dos veces. Pero lo hizo sin precisión porque tuvo la sensación de que la chica aún estaba viva y no quiso alcanzarla de nuevo. Se equivocó en eso, porque la chica estaba muerta.

No consiguió alcanzar a su enemigo. Éste saltó hacia atrás, perdiéndose en el tráfico de la calle.

Clay se dio cuenta de que sólo quedaba una bala en el cilindro. Marian había disparado tres veces, y él dos. Disponía, pues, de un solo plomo para abatir a aquel sucio asesino.

Se dio cuenta de que el tipo arrancaba a toda velocidad en un «Thunderbird». Clay, sabiendo que no le podría alcanzar en la cabeza, apuntó cuidadosamente a una de las ruedas delanteras e hizo fuego.

El coche, que estaba a punto de tomar una curva a toda velocidad, dio dos frenéticas vueltas sobre sí mismo, como si se hubiera vuelto loco, y acabó estrellándose contra una tienda. El escaparate saltó en pedazos; mientras la calle se llenaba de gritos.

El hombre de la «Luger» salió despedido y echó a correr. Clay ya

no tenía más balas, pero el otro no lo sabía.

Por eso al fugitivo le dominó el pánico, aunque ese pánico estuvo unido a una cruel e implacable frialdad.

Con lo que hizo a continuación demostró ser un asesino de la más cochina especie.

Un coche venía hacia él.

El tipo no vaciló.

Apuntó, sosteniendo la «Luger» con las dos manos, para meter la bala por la ventanilla lateral izquierda.

El conductor no tuvo ni tiempo de moverse. Le miraba con ojos aterrados, sin comprender nada. Y de pronto su cabeza pareció salir despedida del resto del cuerpo.

El asesino no perdió ni un segundo en hacerse con el vehículo. Abrió la portezuela, sacó el cadáver como un fardo y se instaló al volante. Durante esa breve fracción de tiempo no tuvo más remedio que exponerse a un balazo de Clay, pero a éste no le quedaban balas en el cilindro. El pesquisa lanzó una sorda maldición mientras se daba cuenta de que estaba perdiendo su última oportunidad. Fue una maldición digna de un perro rabioso.

Su enemigo dio gas a fondo. El motor lanzó lo que parecía un salvaje ladrido.

Pero Clay no iba a estarse quieto allí, mientras el otro escapaba. Corrió como un loco cerca de cincuenta yardas, donde un motorista se disponía a arrancar una soberbia «Laverda» de mil centímetros cúbicos, una máquina a la que no podría resistir ningún coche.

Dijo al dueño:

—Lo siento, macho.

Le levantó una de las piernas y lo arrojó por encima de la moto. Luego él saltó sobre el sillín. Pulsó el arranque eléctrico y metió primera para salir disparado como si fuera a correr el campeonato mundial.

Clay sabía que se la jugaba, pero eso no le importó. En aquel momento pensó que su propia vida no valía nada si antes no se llevaba por delante la vida de aquel puerco asesino.

El coche fugitivo ya había tomado la primera curva a una fantástica velocidad, patinando y metiéndose en dirección contraria. A consecuencia de eso, otros dos coches tuvieron que apartarse en el último segundo y chocaron estruendosamente contra todos los

otros que estaban aparcados en fila.

Clay dio gas.

La moto rugía como un perro enloquecido.

La luz roja del próximo cruce se metió ante sus mismísimas narices, pero él no la obedeció. Hubo de hacer dos fintas prodigiosas, mientras la moto se encabritaba, para esquivar a los coches que ya se arrojaban sobre él. Un autobús que venía lanzado perdió el control, subió sobre la acera con un espantoso chirrido de frenos y fue a estrellarse contra el escaparate de una «porno-shop». Una gran cantidad de muñecas hinchables y de revistas con tíos y tías cayó sobre la acera.

Ahora el tipo del coche se dio cuenta de que alguien le seguía. Con un dominio prodigioso del volante, siguió a gran velocidad mientras sacaba el brazo izquierdo por la ventanilla.

Disparó dos veces.

Y Clay tuvo que hacer dos veloces fintas mientras las balas casi acariciaban las ruedas de la moto.

Los disparos habían sido asombrosos.

Pero eso no le hizo ceder. Al contrario, dio más gas. Se metió como un bólido en el próximo cruce mientras el fugitivo enviaba por los aires a otro motorista, al chocar de lleno con él. El pobre hombre casi salió despedido hasta la ventana de un primer piso.

Otro muerto.

Clay apretó los dientes en un gesto casi inhumano, un gesto que le daba un extraño aspecto de fiera rabiosa. Y en aquel momento vio que otro coche venía lanzado hacia su moto.

De pronto, el fugitivo y él se habían metido en dirección prohibida. El conductor del coche que venía lanzado hacia Clay ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

Clay alzó el manillar con todas sus fuerzas.

Sabía que era ya un hombre muerto, y eso le dio una fría y rápida desesperación. Lo que no se hubiera atrevido a hacer en ningún momento, lo hizo ahora. La moto voló materialmente por los aires mientras el coche aullaba.

La rueda anterior pasó por encima del techo. La posterior chocó levemente con el parabrisas, tuvo una sacudida y patinó por el techo. De docenas de gargantas que estaban en las aceras brotó el mismo grito de admiración y de horror.

Durante algunos segundos que parecieron interminables, la moto pareció quedar suspendida en el aire. Clay intentó controlarla y se dio cuenta de que iba a caer sobre el capó de otro coche estacionado junto al bordillo. Lo hundió materialmente, patinó sobre la acera entre los gritos de la multitud y volvió a la calzada mientras su enemigo daba otro viraje suicida para tratar de perderse de vista.

Pero Clay no estaba dispuesto a ceder, ahora. Forzó el gas otra vez. Se dio cuenta de que su enemigo perdía el control al intentar esquivar un autobús y enviaba por los aires una valla. Más allá había un solar donde se alineaban varias máquinas excavadoras, y que atravesó a una velocidad suicida.

Clay fue tras él.

La moto pasó materialmente por encima de una muralla de piedras mientras su enemigo se llevaba por delante la valla del otro lado. Toda la parte delantera del coche se hundió.

Pero el motor aún rugía. El bólido salió a una calle paralela por la que circulaba un coche de pompas fúnebres.

Chocó de lleno con él, alcanzándolo de flanco. Los cristales se rompieron, las coronas salieron despedidas y el ataúd voló por los aires. La tapa se abrió y el muerto salió dando vueltas.

Sonaron gritos de horror en todas partes. En la calle, en las ventanas, en los autobuses...

Como el coche fugitivo había quedado medio empotrado en la carrocería fúnebre, su conductor dio marcha atrás con una rapidez pasmosa y se desenganchó de él, aunque llevándose sobre el capó una pila de coronas. De pronto pareció como si el coche fúnebre fuera el suyo.

El motor volvió a rugir mientras el bólido salía disparado. Para seguir a toda velocidad por la calle hubo de arrollar al muerto, que por poco se parte en dos.

Los gritos y las maldiciones volvieron atronar la calle. La escena era repulsiva y la confusión resultaba espantosa.

Pero entonces ocurrió algo que nadie esperaba.

Y es que el asesino no sabía bien a qué clase de muerto acababa de cargarse.

No podía ni imaginar que era un pequeño *padrone* de la Mafia.

Los hombres —todos ellos rigurosamente vestidos de negro—

que iban en los «Cadillac» se transformaron en cuestión de segundos en un regimiento de artillería ligera. La cantidad de pistolas y pistolones que salieron de debajo de sus americanas resultó asombrosa. Poniendo rodilla en tierra como si estuvieran en un ejercicio de tiro, cribaron materialmente la calle.

Alguien gritó:

—¡Muerte a los enemigos del *capo*!

—¡Esto es una encerrona de don Luigi!

—¡Ya no respeta ni a los difuntos, ese hijo de la gran puta!

El coche que ya iba a tomar la próxima curva quedó materialmente destrozado, aunque su conductor siguió vivo por uno de esos milagros que a veces se producen en los tiroteos. Pero no pudo dominar ya el volante y se metió de cabeza en una boca del Metro.

Fue la cosa más alucinante que se había visto en aquella zona de Nueva York.

Las entradas del *subway* en la capital son más bien estrechas y sucias, de modo que por allí no cabía más que el bólido lanzado a toda velocidad. Las puertas de abajo fueron rotas. Una mujer que subía quedó materialmente aplastada entre las ruedas. Se oyeron más gritos.

Pero los nuevos gritos fueron en parte causados por el loco que zigzagueaba entre las balas a toda velocidad. La moto rugió al pasar casi entre los mañosos. Y con un último salto, volando sobre el muerto, se hundió también en la boca del *subway*.

El coche fugitivo estaba ya, aunque completamente destrozado, en el lugar más extraño del mundo: el andén de la estación. La gente corría en todas direcciones, creyendo que aquélla podía ser la escena de una película de pesadilla.

En aquella especie de mundo alucinante donde nadie entendía nada, el chófer se volvió y distinguió la moto que ya estaba tras él. Jamás nadie le había perseguido de una forma tan enérgica, tan brutal e implacable. En la penumbra de la estación, llegó a distinguir el brillo homicida de los ojos de Clay, tan cerca llegaba a tenerlo.

Entonces el asesino dio gas de una forma maquinal. No se dio cuenta de que el coche ya no respondía a los mandos y de que las ruedas estaban cerca de la vía. El vehículo se hundió

estruendosamente en ella mientras el traqueteo se hacía infernal. Un convoy llegaba.

Y el hombre que estaba pegado al volante lanzó un espantoso grito de muerte, un grito que debió sonar incluso fuera de la estación, en el mundo indescriptible de la calle.

Intentó salir, pero ya no pudo. Además, tampoco le hubiera servido de nada.

El convoy, que iba lanzado a gran velocidad porque era un expreso de los que no paran en todas las estaciones, se lo llevó por delante en medio de un infernal estrépito. Todo el vehículo se convirtió en chatarra, en una especie de lata de conservas infernal donde se guardaba carne picada. Eso fue todo lo que quedó del asesino.

Clay se dio cuenta de que le convenía deshacerse de la moto cuanto antes. La dejó tranquilamente junto a una columna mientras se mezclaba a la multitud.

Comentando lo sucedido con una mujer que no hacía más que lanzar gritos, Clay murmuró:

—Y encima es seguro que ese tío no llevaba billete...

## CAPÍTULO VII

El forense murmuró:

—No suelo admitir a los detectives privados en las salas de autopsias, pero con usted haré una excepción. Además, para lo que hay que ver, le aseguro que tampoco vale la pena. Los restos humanos han tenido que ser sacados del coche con la ayuda de un soplete.

Y alzó la sábana de plástico que ocultaba aquella masa informe. Clay tuvo que cerrar un momento los ojos.

Ya no volvería a comer hamburguesas nunca más.

Pero, cuando se hubo repuesto de su primera impresión, intentó ligar algunos detalles de lo que tenía delante. Había ido allí, a la Morgue del Hospital Bellevue, no para curiosear ni para pensar en lo frágil que es la vida humana, sino para tratar de obtener algún dato, pese a lo difícil que iba a ser sacar algo de aquel amasijo. Por eso se acercó a la ficha que colgaba de los restos de un pie y grabó en su memoria los datos que allí figuraban, y que habían sido obtenidos de la documentación hallada en el cadáver. Podía ser una documentación falsa, pero por el momento no disponía de nada más.

El tipo se llamaba Junger. Era mecánico. Su último domicilio registrado estaba en la parte baja de Broadway, casi junto a Wall Street.

Claro que allí ya no habría nadie, pero no dejaba de ser una pista. Había que seguirla.

Murmuró:

—¿Cuándo lo entierran?

—No lo sé. Nadie ha reclamado el fiambre, de modo que lo legal será que vaya a la cámara frigorífica. Pero si lo reclamaran sería sepultado esta misma tarde, ya que el cadáver está deshecho. ¿Piensa usted ir?

Clay contestó con otra pregunta:

—Durante la ceremonia, ¿se permitirá que el respetable público orine sobre el muerto?

—Yo diría que no.

—Entonces que vaya al entierro su madre.

Y salió disparado. Necesitaba llegar al Broadway Wall Street antes de que fuese demasiado tarde.

Aquella zona del sur de Nueva York abunda en pensiones de artistas y en pequeños pisos de alquiler donde generalmente el inquilino se larga sin pagar. También hay pequeños cuchitriles donde señoras que todavía están de buen ver reciben, en secreto, a tipos ansiosos de esos que van por la calle con los ojos fuera de las órbitas. Era precisamente en uno de esos sitios donde había vivido Junger.

La chica que salió a recibir a Clay estaba desconsolada.

—Pobre Junger... Sí, ya me han dicho a primera hora que había tenido una muerte horrible... ¡Con lo bueno que era! Nunca lo podré olvidar. Sé que lo amaré eternamente.

Y al oír un leve ruido a su espalda se volvió para decir:

—¡Eh, Mac!

—¿Qué? —gritó una voz de hombre desde dentro.

—Nada, que te vayas metiendo, en cama, que ya termino.

—¡Pues a ver si espabilas, nena, que he prometido llevar de compras a mi mujer!

Luego la honrada doncella se secó una lágrima de los ojos.

—Me voy a sentir muy sola —gimió—. ¿Cuándo es el entierro?

—Quizá esta tarde —dijo Clay.

—No sé si podré ir... A ver, un momento... ¡Margot!

Una voz de mujer contestó desde el fondo del piso:

—¿Qué?

—¿A qué hora hemos quedado en que me vendría a ver Luc?

—A las cinco, pero ya sabes que es un pesado. Se estará hasta las siete.

La chica dijo entonces con gesto compungido, mirando a Clay:

—Pues no, entonces no estaré libre y no podré ir al entierro. De verdad que lo siento. ¡Con lo que yo quería a Junger!

Y añadió, mirando fijamente a Clay:

—Pero a partir de las siete y media estaré libre, macho. Si

quieres, puedes venir a darme el pésame.

Clay musitó:

—¿Te pondrás de luto?

—Hombre, como me habré quitado la ropa de calle no se podrá ver, pero si quieres...

—Se ve que estás desconsolada, muñeca.

—¡Hip! En cualquier momento voy a echarme a llorar. Menos mal que siempre quedan buenos amigos que vienen a consolarla a una. ¿Entonces, qué? ¿A las siete y media?

Clay susurró:

—Puede.

Y le dio un manotazo en las nalgas.

La tristísima muchacha dijo:

—¡Ay, bruto!

Y el de dentro gritó:

—¡Eh, nena! ¿Vienes o no? ¡Puñeta, a ver si me atiendes, que soy un honrado padre de familia que tiene mucha prisa!

El pesquisa guiñó un ojo.

—Hala —dijo—, atiéndelo antes de que llegue su mujer.

—Su mujer «trabaja» en el piso de abajo, pero él no lo sabe —explicó la cándida doncella.

Y cerró la puerta.

Clay comprendió que no tenía más remedio que volver a la Morgue, intentando sacar nuevos datos sobre la personalidad del muerto. La que él creyó una pista bastante razonable, había fracasado.

Llegó de nuevo ante el Bellevue.

Y entonces se encontró con una serie de tíos vestidos de negro a los que creía reconocer vagamente. Todos usaban ropas solemnes y no exentas de una cierta elegancia, pero bajo las americanas se marcaban unos bultos que hubiesen llamado la atención hasta en el arsenal de artillería de West Point. Clay se dio cuenta, al cabo de unos instantes, de que todos aquellos honrados ciudadanos eran los que iban en el entierro cuyo cadáver hizo saltar por los aires el fugitivo. En dos palabras, eran los dignísimos representantes de la Mafia.

Clay se acercó a uno de ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—*Poroo cittadino!* —masculló uno de ellos—. ¿Y a usted qué le importa? ¿Acaso es un periodista del *Corriere delta Sera*?

—Leches. Soy el tío de la moto, el que perseguía al hijo de la gran puta —dijo Clay, yendo al grano con la máxima educación posible.

—*Ah, benedetto...*! Entonces usted es un ciudadano respetable. ¿Quiere saber qué hacemos aquí? Pues muy sencillo: hemos venido a reclamar el cadáver.

—¿Para qué?

—Don Sturfo, nuestro *padrone*, tiene entre otras cosas una fábrica de alimentos para perros. Necesita carne fresca.

—En... entiendo —balbució Clay, sintiendo que se le crispaba la garganta.

—Si quiere, le invitamos a la ceremonia del cierre de la primera lata.

—Mu... muchas gracias. Yo sólo he venido a tratar de averiguar algunos datos sobre ese tipo —murmuró Clay, sintiéndose en *orsay*—. No sólo trataba de matarle a él, sino también a todos sus amigos.

—*Oh, quan bello!* —exclamó el mañoso poniendo los ojos en blanco—. *Ma, cosa fare con tanti moni?* ¿Necesita ayuda para enterrarlos?

—Nada de eso —dijo Clay—. Los enterraré yo mismo. ¿Pero tienen alguna idea sobre quién era ese hombre?

—Claro que sí. Nuestros servicios de información han funcionado. Se hacía llamar Junger, pero en realidad parece que se llamaba Galbert. Vivía con una pájara en la parte baja de Broadway, y al margen de eso le sacaba dinero a un prestamista llamado Clem, que vive en esos despachos enormes que han construido frente al viejo Madison. Bueno, por lo menos ahí tiene su jaula el tío. Es todo lo que hemos podido saber.

—Bastante más de lo que esperaba —dijo Clay. Gracias.

La investigación se le estaba complicando, pero al menos tenía otro camino a seguir. Esperó a que cayeran las sombras de la noche para ir al despacho de Clem, pues sabía que los prestamistas suelen tener sus negocios abiertos hasta bastante tarde, pues mucha gente va a pagar los intereses al salir del trabajo. Ir de día hubiera significado para Clay recortar sus posibilidades de acción, ya que

cualquiera que estuviese sobre su pista habría podido controlarlo con mucha mayor facilidad.

Fue al edificio de despachos. Se trataba de dos bloques enormes que han sido contruidos en la Calle 34, muy cerca del antiguo Madison Square. A aquella hora sólo unas pocas ventanas estaban iluminadas y el movimiento de visitantes era escaso. Clay mostró al conserje su credencial de detective privado, dijo que iba a ver a Clem y se metió en uno de los ascensores.

A dos tipos que estaban leyendo el periódico en el vestíbulo, les entró prisa de repente. Tras una rápida consulta a sus relojes para simular que ahora se acordaban de su trabajo, se metieron en el ascensor con él.

La verdad era que disimulaban bastante mal. O quizá pensaban que no valía la pena gastar tiempo en disimulos.

Clay comprendió instantáneamente que el ascensor iba a convertirse en su ataúd. Que aquellos tipos se apearán cuando le hubieran matado y dejarían su fiambre como adorno.

Pero esta vez no iba desprevenido. Tenía los suficientes trucos como para defenderse en cualquier circunstancia.

Uno de ellos era el anillo más mortífero que ha inventado mente humana. Bastaba presionarlo para que de él se desenrollase un largo estilete de acero que era tan largo como un dedo humano.

Aquel estilete surgió con el mayor silencio.

Los dos asesinos estaban ya sacando sus pistolas con silenciadores sin darse cuenta aún de que con ellos iba quizá un asesino peor. Sólo que, en este caso, el asesino peor no hacía más que defender su vida.

Clay se movió velozmente.

Su gesto fue tan rápido que ninguno de sus dos enemigos lo pudo prever.

El estilete atravesó la sien del primero.

Hubo una brusca y silenciosa contracción.

Luego nada.

El tío se arrugó mientras la pistola con silenciador le resbalaba de entre los dedos.

Pero Clay no perdió tiempo en verle caer ni dilapidó los segundos preciosos de los cuales dependía su vida. Empleó inmediatamente el segundo truco.

Éste radicaba en el codo, en la pieza metálica que llevaba bajo la americana y la camisa y de la que brotaba también un estilete cuando ese codo se plegaba con la máxima violencia, presionando por lo tanto sobre la pieza metálica. Desde luego que ese estilete atravesaba la americana y la camisa al salir desde dentro con la fuerza de una espada, pero Clay estaba dispuesto a fastidiar un traje —pese a los pocos que tenía— con tal de salvar un pellejo del que no había repuestos.

Sus dos movimientos fueron casi simultáneos. El pinchazo en la sien de un enemigo y el codazo sobre el corazón del otro.

Fue este segundo el único que pudo lanzar un grito ahogado. De pronto se encogió mientras soltaba también el arma.

En cuestión de segundos, los dos hombres cayeron blandamente, mientras el ascensor subía. Clay plegó de nuevo el fino estilete del anillo —que sólo podía penetrar en zonas relativamente blandas— y ocultó el otro estilete, el más grueso, dentro de la pieza metálica, con dos enérgicas flexiones de codo. Al llegar al piso que deseaba, salió tranquilamente.

Pero un tercer tipo casi tropezó con él.

—¿Ya traéis el fiam...? —preguntó.

No tuvo tiempo de decir nada más. El rodillazo de Clay en el bajo vientre le hizo inclinarse hacia delante, mientras boqueaba y se le iban doblando poco a poco las rodillas.

Dos golpes simultáneos en el cuello, con los bordes de las manos abiertas, le hicieron tener la sensación de que el mundo entero se aplastaba sobre su cabeza. Pero aquel tipo era un auténtico toro y todavía no se arrugó.

Llegó a sacar la gruesa pistola «Colt» que guardaba bajo la axila.

Pero no había terminado aquel gesto cuando Clay lo envió de un guantazo contra la puerta de la Emergency Exit que estaba al lado del ascensor. La salida de urgencias se abrió y el pájaro rodó escaleras abajo. Al llegar al primer rellano quedó quieto, tendido con los brazos en cruz y el cuello girado en una posición grotesca.

No cabía duda de que se había roto las vértebras. El siniestro trabajo de Clay estaba terminado.

Confundiendo en que nadie usaría durante unos minutos ni la escalera de incendios ni el ascensor en que él subió, le quitó un zapato al muerto y lo depositó sobre el raíl por el que corrían

automáticamente las dos puertas del ascensor, para cerrarlo cuando alguien lo reclamara. De ese modo las puertas no podrían cerrarse del todo porque el zapato estaría en medio.

El ascensor parecía averiado, pero a aquella hora nadie se molestaría en venir a ver qué pasaba.

Clay disponía, por tanto, de algunos minutos, y los aprovechó bien. Fue al despacho del prestamista y abrió la puerta sobre la que había una placa dorada.

Vio una antesala.

No había nadie.

Más allá se encontraba un despacho.

En él, la secretaria, todavía joven y bonita, yacía tendida sobre una mesa. Debido a su postura, se apreciaba que durante su vida había tenido interés en usar ropa interior de la máxima calidad. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Clay, sino el tajo que casi la había degollado, segándole el cuello de parte a parte.

El pesquisa contrajo los músculos.

Pasó al despacho del fondo.

Y pudo ver que Clem ya no cobraría nunca más los intereses de los préstamos.

También lo habían degollado.

Estaba en su sillón, con los ojos vidriosos.

Cosa inexplicable en un sitio donde las ventanas no se podían abrir y donde sólo había aire acondicionado, sobre la espantosa herida se hacían el amor dos moscas.

## CAPÍTULO VIII

Un breve examen del despacho bastó para que Clay se diera cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, de que el prestamista había muerto poco antes. Por ejemplo, de que determinados papeles habían sido registrados. Por ejemplo, de que el pájaro sabía algo importante y lo habían liquidado para que no hablase. Por ejemplo, de que los hombres a los que él trincó fueron los que antes habían matado al prestamista.

Clay revisó velozmente todo lo que pudo revisar, porque cada minuto contaba, pero se dio cuenta de que allí no había nada que pudiera interesarle. Todo lo que relacionaba a Clem con el caso había desaparecido minutos antes.

Y no lo tenían los hombres muertos en el ascensor, por desgracia, ya que en ese caso hubiera podido registrarlos. Un leve montoncito de papeles quemados en un cenicero le demostró a Clay lo que los asesinos habían hecho con los documentos.

Otra vez la pista se perdía.

¿Se perdía de verdad?

Los ojos de Clay se posaron entonces en las dos moscas. Hizo una mueca mientras aspiraba el aire acondicionado y quieto. Una mueca mientras sus pensamientos volaban como habían volado las moscas.

Por todos los infiernos...

Sólo había en Nueva York un tío que fuera tan guarro.

Clay se largó de allí, empleando la escalera de emergencia y pasando por encima del muerto. Tuvo suerte porque el conserje del vestíbulo no le vio salir. En ese momento el muy buitre estaba poniendo en orden una serie de fotografías donde aparecían una tía y un tío que se encuentran en la calle, se siguen encontrando en un apartamento y acaban encontrándose en una cama.

El pesquisa tomó un taxi.

—Oiga, ¿ahí he de llevarle? —preguntó el taxista al conocer la dirección—. ¿Qué quiere? ¿Qué sólo de respirar coja una porquería?

—Cogerá algo peor si no me lleva —gruñó Clay.

—¿Sí? ¿Qué cogeré?

—Una tortícolis, porque le pienso retorcer el cuello.

El coche le dejó tras los enormes almacenes que hay en los muelles de Hoboken.

Allí se alinean una serie de cubículos la mar de acogedores que el municipio trata de derruir, porque las ratas salen hasta por las chimeneas. También hay algunos barquitos que sirven de vivienda, como en los canales de Amsterdam, pero con la diferencia de que allí viven artistas, y en el sitio donde se metió Clay viven rufianes y asesinos.

Clay saltó al interior de uno de los barquitos.

Un hombre «bien relacionado», como él, con toda el hampa de la ciudad, sabía dónde encontrar a determinados personajes del bajo mundo. Sobre todo, los que le habían debido dinero alguna vez.

El pequeño barquito estaba vibrando, y eso que el motor no funcionaba.

Clay abrió la puerta del único camarote.

Allí estaba el origen de las vibraciones.

*Taca-Tapa.*

El hombre no se dio cuenta. La mujer, sí.

—Tienes que esperar turno, macho —le dijo a Clay—. En seguida termino.

Pero Clay sujetó al tío por el cogote.

—Eh, Moscas —gruñó.

*Taca-Taaa.*

—¡Moscas!

*Taca-Taaa.*

—¡MOSCAAAAAAS!

El pajarraco que con tanto interés estaba aplicado a sus labores, se volvió al fin.

Realmente hacía falta estómago para juntarse con un fulano semejante, pero la ninfa que colaboraba en sus expansiones era tan guarra como él, de modo que poca diferencia había. Al ver a Clay, el tío gritó:

—¡No sé nada, Clay, hijo de zorra! ¡Te juro que aquel dinero lo devolví!

—No vengo por lo del dinero, Moscas. Aquél es un viejo asunto que ya se resolvió. Vengo por otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Clem.

Aquél sólo nombre bastó para que el pájaro tratará de saltar. Pero Clay, que le seguía sujetando la nuca, le estrelló dos veces la cara contra la pared y le destrozó la nariz, manteniéndolo quieto así mientras por la cara de su enemigo resbalaba la sangre.

—Te... te juro que era un tipo asqueroso, Clay.

—No lo niego, Moscas, ni voy a ser yo quien llore por su muerte. Pero la secretaria no era asquerosa y, en cambio, la mataste también. ¿Quién te pagó por hacerlo?

—No sé cómo has podido averiguarlo, maldito seas...

—Porque las moscas siempre te acompañan, hijo de la gran marrana. Porque las llevas hasta en el forro del sombrero, cabrón. Por eso he sabido que solamente podías ser tú, un fulano que además se alquila para cualquier trabajo repugnante. Dime..., ¿quién te pagó?

—Unos pájaros que vigilaban.

—Los encontré.

—¿Y qué te han dicho?

—No me han dicho nada porque están muertos.

El Moscas se estremeció. Aquella breve frase le convenció más que todas las amenazas.

—Diré lo que quieras, Clay, pero... pero no acabes conmigo.

—Quiero saber quién te pagó. Si tú fuiste al despacho de Clem y encontraste a aquellos tipos fue porque ya te habían pagado antes.

—Sssss... sí.

—¿Quién?

—Una mujer llamada Sandra.

—¿Dónde vive?

—No sé. Vino a verme aquí.

—¿Dónde vive?

Otros dos golpes en la nariz dejaron al Moscas hecho un verdadero guiñapo. Con voz aterrada confesó:

—Holmes Street, 35, una casa aislada y tranquila del distrito de

Brooklyn. Elegancia y pasta larga.

—¿Te dijo que Clem había de morir?

—Sí... Por lo que saqué en limpio, Clem era un pájaro que les había servido de intermediario para los pagos, porque en su calidad de prestamista nadie sospechaba de él. Pero ya empezaba a saber demasiado y no les hacía maldita falta, además de que tú estabas sobre su rastro. Por eso la orden fue tajante: yo «limpiaba» el despacho de Clem y los otros pájaros esperaban tu llegada para liquidarte a ti. Pero te juro que solamente sé eso... *¡solamente eso!*

Y se puso a temblar. Hasta las moscas que solían rodearle estaban tan asustadas que se habían ido a otro sitio: a la mujer que le acompañaba, que olía tan mal como su tierno amante, pero que estaba ligeramente más buena.

Clay dejó caer poco a poco a aquel tipejo.

—Espero que te maten por esto, Moscas —barbotó—. Sé que lo harán.

—No llegarán a tiempo... Vo... voy a largarme del país, Clay.

—El que no llegarás a tiempo de huir serás tú. Y ahora dame toda la artillería que tengas, marica. Voy a necesitarla.

—No..., no estoy muy bien armado. Sólo tengo una «P-38».

—Es una excelente pistola. Venga.

El Moscas abrió un cajón del infecto camarote. Tendió una «P-38»

con su mano izquierda, poniendo cara de buen chico.

Pero la derecha se movió al mismo tiempo con rapidez fulgurante. Entre sus dedos apareció una «Baretta».

Clay esperaba eso. Sabía la clase de bicho que el Moscas era. Por eso él también se había movido como un resorte.

El estilete que salía del anillo se clavó en la sien del Moscas.

Éste se estremeció. Las dos pistolas resbalaron de entre sus dedos.

Fue una muerte fulminante.

Clay limpió el fino punzón de acero en las ropas del muerto y luego lo plegó para ocultarlo. A todo esto, la mujer aún no se había movido. Lo único que hizo fue guiñar un ojo.

—¿Qué? Eliminando a la competencia, ¿eh? —preguntó—. Bueno, chato, ahora soy toda tuya. Aprovecha.

Clay sonrió.

—¿El Moscas no me ha llamado marica? —preguntó.

—No.

—Pues hubiera debido hacerlo, porque lo soy. Y ahora perdona, chata; voy en busca de un negro que me ama locamente.

Y se largó.

La mujer gritó desde el fondo del barco:

—¡Maricaaaaaaa...!

Pero Clay ya no llegó a oírla. Ya se estaba dirigiendo a toda velocidad en busca de una tía llamada Sandra.

## CAPÍTULO IX

Holmes Street 35 era un lugar tranquilo, casi dulce, que parecía construido a muchas millas de la podredumbre de Manhattan. El distrito de Brooklyn aún conserva lugares así —cada vez menos— donde uno puede sentarse y ver el sol entre los árboles mientras de paso echa una ojeada a las piernas de la vecinita que está arreglando el jardín.

La casa, según pudo constatar Clay, era antigua, pero tenía «clase». Constaba de tres plantas rodeadas de un espeso jardín con árboles, y las ventanas del piso superior estaban iluminadas.

Clay no lo pensó.

En aquella noche tenía que decidirse todo, pues si él perdía la iniciativa iba a perder también el pellejo.

Saltó la valla del jardín y se adentró entre los árboles, pero moviéndose sinuosamente y observando el terreno antes de dar un paso. Eso le permitió darse cuenta de que había micros instalados en los árboles, imitando los sistemas que el ejército norteamericano había utilizado en Vietnam tiempo atrás. Los micros consistían en finas agujas, casi invisibles, clavadas en los árboles, así como en falsas hojas que uno casi llegaba a rozar con la cabeza. Estaba claro que dentro debía haber una estación de escucha que permitía captar cualquier sonido.

El pesquisa esperaba algo semejante, de modo que no se sorprendió. Empezó entonces a andar casi a gatas, escarbando de vez en cuando la tierra con sus zapatos y echándola hacia atrás. De ese modo el que estaba en la estación de escucha podía creer, por los sonidos, que algún perro se había colado en el jardín. Y si salía para expulsarlo, saldría bastante desprevenido.

Clay llegó a hurgar incluso en la baranda de madera de las escaleras que llevaba al elegante porche. No tuvo el menor inconveniente en hacer ruido, sino al contrario. Eso de moverse

imitando a los animales era un truco que también los vietnamitas habían utilizado a veces.

Y entonces, de un salto, se pegó a un lado de la puerta.

Lo hizo con una fantástica rapidez.

Oyó pasos y notó que la puerta principal se abría tras ser girada una llave. Un hombre apareció en el umbral, llevando un rifle provisto de silenciador y de teleobjetivo con rayos infrarrojos, que le permitía perfectamente apuntar en la oscuridad.

Clay pensó: «Pobre perro».

Porque si llega a haber un can de verdad, lo dejaría seco.

E inmediatamente movió el codo, después de doblarlo con todas sus fuerzas. Dio un golpe a la altura del corazón a su enemigo, al tiempo que con la mano izquierda le tapaba la boca.

Apenas se oyó un leve gorgoteo cuando el punzón se clavó hasta el fondo. Clay sostuvo entonces a su enemigo para que no hiciese ruido al caer. Lo introdujo en la casa y cerró la puerta.

Vio que estaba en un salón elegante, amueblado en un estilo americano clásico. Había varias puertas cerradas, mientras que unas escaleras llevaban a los pisos superiores. Con la mirada, buscó Clay un sitio para esconder el fiambre que acababa de «fabricar», que era el primer regalo que él hacía a los habitantes de la casa.

Lo colocó al fin entre uno de los divanes y la pared. Luego aspiró el silencio que llenaba el ambiente.

Todo estaba tranquilo. Daba la sensación de que allí no habitaba nadie, pero Clay no podía olvidar la luz que había visto en las ventanas del tercer piso, de modo que subió por las escaleras.

Nadie le cortó el paso.

Al llegar al piso intermedio oyó unas risas. Le pareció también oír voces de mujer.

Cada vez más intrigado, prestó la máxima atención y entonces esas risas se fueron concretando, y las voces también. En efecto, eran mujeres las que hablaban. Algunas palabras podían entenderse.

—¿Tú crees que aguantará?

—Seguro...

—Lo han preparado bien, ¿no?

—Y tanto... Un mes completo de descanso, buena alimentación y rigurosa «abstinencia»...

—Pues hay que ver cómo vendrá.

—Entonces no preguntes.

—¿Le llamamos?

—No hará falta. Es cuestión de minutos.

Clay arqueó las cejas. ¿Llamar? ¿A quién? ¿Qué demonios era lo que pasaba allí arriba?

Extremando las precauciones, siguió subiendo hasta llegar a la planta más alta. Una vez allí, distinguió una puerta entreabierta.

La empujó un poco más, sin hacer el menor ruido, y miró lo que había en el interior de la pieza.

Quedó alelado.

Su cerebro se puso en blanco.

Porque distinguió una cama enorme.

Con tres señoras en ella.

¡Pero qué tres señoras!

Pura raza, oiga.

En esto hay que reconocer que algunos racistas tienen razón. Las mujeres que no tienen mezcla de sangre son más sensacionales que las otras. Por lo menos estas tres —que parecían de limpia raza germánica, aunque hablando en inglés sin acento— estaban como para volver loco a un muerto.

Y qué modo de ir vestidas... Mejor dicho, desvestidas.

No les faltaba un detalle para ser más excitantes aún.

Parecían arrancadas de las páginas de una de esas revistas que se leen a escondidas. Llevaban medias de distintos colores, quizá para ofrecer más variedad. Sus peinados también eran diversos. No usaban maquillaje, quizá para parecer más deseables y más limpias.

Estaban allí esperando a alguien.

Un hombre, sin duda.

¿Un hombre para las tres?

Clay sintió que la envidia le corroía, porque, la verdad, tres señoras de campeonato como aquéllas no se las merecía nadie. Después de pasar una noche en aquella cama, uno ya se podía morir.

¿Pero qué diablos significaba todo eso?

Clay no lo entendía aún. En aquel momento le dominaba la sensación de estar en un mundo distinto, un extraño lugar donde las alucinaciones mandaran sobre los pensamientos.

De pronto salió de dudas. Oyó unos pasos que se acercaban por

el corredor.

Le quedó tiempo justo para meterse en una de las habitaciones contiguas, ya cuando el hombre doblaba el recodo. Y por el resquicio de la puerta que había quedado entreabierta, el pesquisa lo vio.

Era un gigante.

En un *ring* hubiera causado sensación.

Y además vestía de una forma un tanto extraña, como si de verdad fuese a debutar entre las doce cuerdas. La única prenda que usaba era un eslip. Calzaba unas botas delgadas y unos calcetines cortos como los que usan los boxeadores.

Y se coló en la habitación de al lado.

Las chicas le acogieron con exclamaciones de júbilo.

—Ya era hora que llegases.

—Esta vez hemos tenido suerte.

—Nos gustas, de verdad.

—Si hubiésemos podido elegir te hubiéramos elegido a ti, Mark.

Clay, en la habitación contigua, sentía que unas gotas de sudor frío resbalaban por su frente.

¿Qué era aquello? ¿Una orgía? ¿Pero en qué clase de orgía las mujeres están condenadas a no poder elegir?

Porque aquello tampoco era una casa de placer donde los hombres pagan para estar en agradable compañía.

Era algo distinto, algo que Clay aún no podía comprender, pero que empezaba a obsesionarle.

Como un autómatas, salió de la habitación donde se había ocultado y se acercó a la puerta abierta de la otra.

Desde allí podía ver perfectamente lo que estaba ocurriendo. Veía muy bien la cama con las tres mujeres.

El gigante se había acercado a ellas.

No podía negarse que era un fulano de primera clase. Y no sólo por lo que se veía, sino por lo que no se había visto aún.

Clay lo estaba viendo todo.

Sentía que el sudor cubría su rostro.

No podía evitarlo.

En su vida había visto mujeres como aquéllas, y que además demostraran tanto entusiasmo en complacer al fulano.

Pero Clay se dio cuenta, entonces, de que su situación allí no

tenía ningún sentido. Mirar cómo estaban pasándolo en grande los otros, era ridículo. Además él no había venido a ver escenas raras, sino a cargarse a unos asesinos.

Fue a alejarse de aquella puerta y de aquella escena obsesionante. Ya no le importaba para nada.

Pero no llegó a dar un solo paso. Ni siquiera a volverse del todo.

Porque en aquel momento el cañón de la pistola se clavó en sus riñones mientras una voz opaca decía:

—Has elegido un buen sitio para morir, cabrito...

Y por poco no le atravesaba con el punto de mira. Se notaba que era un hombre fino.

## CAPÍTULO X

Clay se dio cuenta inmediatamente de que estaba ante uno de los guardianes de la casa, un tipo al que hasta entonces no había visto. Distinguió confusamente sus ojos malignos, su frente estrecha y sus músculos trabajados de *docker* de los muelles. No tenía aspecto de ser muy inteligente, pero fuerte como un buey lo era. Y encima tenía una pistola española, una «Astra» del nueve largo que empuñaba en su mano derecha.

Barbotó:

—Suelta tu petardo.

—Lo llevo entre la camisa y el pantalón —dijo Clay.

El otro le desabrochó de un tirón y le arrancó la

«P-38».

Ni por un instante dejó de hundirle el cañón del «Astra» en el cuerpo. Luego masculló mientras le echaba partículas de saliva a la cara:

—¿Cómo has podido entrar aquí?

—Por la ventana —elijo burlonamente Clay.

—¿Y qué buscas?

—Esperaba aprender cosas nuevas —gruñó el pesquisa mientras alzaba un poco las manos.

—¿Tienes cómplices?

—¿Quieres decir que si alguien más ha entrado en la casa conmigo?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—No, no ha entrado nadie.

Inmediatamente Clay comprendió que se había equivocado, porque diciendo que tenía un compañero dentro de la casa hubiera obligado al otro a buscar y, por lo tanto, a distraerse. Pero así el hijo de perra que le apuntaba no tenía más que un trabajo: matarle.

—Avanza hacia la puerta —dijo aquella especie de matarife

diplomado.

—¿Para qué?

—Quiero que las chicas lo vean.

—¿Y qué ganarán con eso? ¿Es que se van a poner más cachondas?

—Lo que ganarán será no asustarse con el disparo. Así sabrán de qué se trata.

Clay comprendió que no podía abrigar ninguna esperanza. Aquello era una ejecución. Retrocedió de espaldas mientras la pistola se le clavaba ahora en el estómago y su enemigo seguía arrojándole partículas de saliva a la cara.

—Vuélvete —le ordenó—. Quiero que estés de espaldas.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo matar a un tío de frente?

—¡He dicho que te vuelvas!

Clay lo hizo, pero se dio cuenta de que entonces tenía una oportunidad favorable. Realmente iba a ser la última oportunidad. Y la aprovechó.

Mientras giraba, le pistola dejó de estar en contacto con él porque su enemigo retrocedió medio paso. Y ese giro le permitió a Clay tener un codo casi encima del arma.

De pronto lo dejó caer con toda su rapidez y todas sus fuerzas. Quizá nunca había actuado con tanta desesperación, sabiendo que todo dependía de unas décimas de segundo.

Logró desviar el cañón del arma lo suficiente para que la bala solamente le rozara. Y casi al mismo tiempo disparó su puño derecho, donde estaba el mortífero anillo. El fino punzón se clavó, como un dardo, en una de las sienes de su enemigo.

El hombre se tambaleó.

Aún pudo disparar otra vez, pero cuando ya estaba a punto de perder el equilibrio. La bala se empotró en el suelo.

Clay lo terminó de enviar de un puñetazo al otro lado del pasillo. Luego se volvió de espaldas.

Sabía que aquel tipo ya no iba a moverse más.

El estilete le había penetrado hasta el fondo del cerebro.

Y entonces penetró en la habitación donde todas aquellas ardientes señoras se estaban despachando a gusto.

Todas se volvieron de pronto.

El tío también.

Puso cara de mala baba, y no era para menos.

Y es que cuando a un pájaro le estropean una fiesta de esa clase, tiene toda la razón para quejarse, aunque sea al sindicato de bomberos. No hay derecho.

Clay no se ocupó ni de recuperar su arma, entre otras cosas porque no tuvo tiempo. Como en una de esas fulgurantes escenas de película en que los acontecimientos se precipitan y en que los personajes parecen volar a través de la pantalla, vio que el gigante venía hacia él. Loco de furia porque le habían obligado a dejar aquel entretenimiento tan agradable, el elefante voló materialmente hacia la puerta mientras empuñaba la pesada lámpara con pie de bronce que estaba junto a la cama. La fuerza con que descargó el golpe hubiera bastado para hundir hasta la garganta los sesos de un hombre. Pero Clay pudo esquivar con una ágil flexión mientras el pie de bronce destrozaba las baldosas.

El gigante lanzó una maldición.

Todo su cuerpo tembló.

Hasta las luces de la habitación vacilaron a causa de la fuerza terrible del impacto.

Clay disparó su puño izquierdo.

No usó el anillo por dos razones: porque su enemigo iba sin armas y porque el fino estilete oculto en el anillo ya no le servía de nada, porque no había tenido tiempo de plegarlo. Se limitó a clavarle un corto al estómago que lo dejó sin respiración.

El gigante vaciló.

Estaba claro que no le habían entrenado para aquella clase de luchas.

Lanzó un golpe al vacío, descuidando la guardia, y en ese momento recibió en el hígado un zurdazo que le hizo perder el mundo de vista. Boqueó como si le faltara el aire mientras descubría la cara.

El gancho le hizo vacilar hacia atrás.

Sus ojos se estaban volviendo blancos.

Aún intentó abrazarse a Clay para neutralizar los próximos golpes, pero el pesquiza había dado ya un salto hacia atrás, como un profesional que esquivo en el *ring*, e inmediatamente se lanzaba de nuevo al ataque. Los dos golpes con el canto de la mano abierta,

propinados bajo el pabellón nasal de su enemigo, hicieron que éste cayera como un plomo sobre la ventana que tenía a su espalda.

Ésta se rompió estruendosamente bajo el peso de aquel corpachón. Los cristales saltaron en pedazos. Un grito agudo estremeció la noche mientras aquel hombre se hundía entre el vacío y entre las sombras.

Una sola mirada le bastó a Clay para darse cuenta de que se había desplomado sobre las losas de piedra que había en el jardín de la parte posterior, donde prácticamente nadie podía ver el cadáver. Y como las casas estaban muy aisladas, era también muy posible que nadie hubiese oído el grito y el estruendo de la ventana.

Pero Clay ya no tuvo tiempo para pensar en nada más. De pronto se dio cuenta de que estaba materialmente rodeado. Como tres diosas vengadoras, las tres mujeres se habían lanzado hacia él.

Con las uñas.

Con los dientes.

Con sus caderas poderosas.

Clay nunca había luchado contra una mujer, y menos contra tres a la vez, de modo que tuvo que aprenderlo todo en pocos segundos, si no quería dejarse la piel allí mismo. Por milímetros esquivó un golpe al bajo vientre, un arañazo a los ojos y un mordisco que le hubiera dejado sin oreja. Las tres mujeres eran tres fieras, tres buitres, tres alimañas sangrientas. Claro que eran unas alimañas tan... tan especiales que las cosas empezaron a rodar un segundo después de forma muy distinta a como Clay había imaginado.

Porque sujetó con el antebrazo a la primera, apretándole el cuello, haciéndola girar de espaldas y comprimiéndola contra su cuerpo.

Porque de un empujón envió sobre la cama a la segunda.

Porque a la tercera la sujetó por el pelo con la mano izquierda y la atrajo hacia sí.

Fue ésta la que gritó:

—¡Condenado cerdo!

¡SMAC!

Clay había besado sus labios casi sin darse cuenta, sencillamente porque se los encontró delante.

—¡Cabrón!

¡SMAC!

Si él seguía teniendo aquellos labios delante, ¿qué iba a hacer?

—Ban... di...

¡SMAC!

—Ba... ¡bandido, cerdo, cabrito! ¿A qué esperas para besarme otra vez?

Mientras tanto la que estaba apretada contra él no le soltaba.

La tercera saltó de nuevo.

Clay tuvo que soltar a la que tenía sujeta por el cuello para enviar otra vez por los aires a la que volvía a atacarle. Ésta lanzó de pronto un gritito que no era de miedo ni de odio. Era... ¡era de placer!

¡Las tres mujeres querían continuar aquella *pelea*!

¡Les gustaba!

Clay comprendió entonces que estaba perdido. Jamás en su vida lo había estado tanto.

Porque las tres mujeres fueron derribadas sobre la cama de tres guantazos, pero él perdió el equilibrio también. Cayó. De pronto, un bosque de piernas, de brazos, de labios y de curvas se cerró en torno suyo. Clay comprendió que ya no podía defenderse.

Esta vez la batalla la había perdido.

Pero no le dejaron rendirse.

Una de las hembras barbotó:

—Es mejor que el otro.

—No dejéis que se escape.

—Mmmmmm...

—Después de todo, me parece que el grupo entero ha sido deshecho. Sólo quedamos nosotras.

—Mmmmmm...

—Todos los hombres de la organización han debido morir.

—Mmmmmm...

Clay ya no luchó más...

Ya no sabía ni dónde estaban sus orejas. Pero eso, ¿qué importaba? Lo único importante era que no se cayó.

—Además de sembrar el terror entre las mujeres consideradas «de razas inferiores» para que dejaran de procrear —explicó la primera de las chicas que estuvo en situación de hablar—, la organización consideraba que debía llegar a crear una raza de

primera clase, una casta privilegiada formada por hombres y mujeres perfectos.

—Para eso era necesario que las madres fuesen físicamente intachables y los padres también —explicó la segunda de las chicas—. Ya sabemos que el sistema no es nuevo porque las juventudes hitlerianas lo practicaban, seleccionando para el cruce a las mejores hembras y a los machos más poderosos, pero en América no se había puesto en práctica nunca. Por eso la organización nos convenció. Nuestro papel es el de servir como instrumentos para lograr esa raza superior.

—¿Y todo eso de la «liberación de la mujer»? —preguntó tímidamente Clay, no fuera que les entrasen ganas de empezar de nuevo.

—La perfección de la raza será la que nos haga libres —proclamó rotundamente la tercera de las chicas.

—Llegaremos a dominar este país —dijo la primera.

—El propio pueblo se dará pronto cuenta de nuestra razón y votará a los partidos políticos que nos apoyan —declaró la segunda—. Nuestra escalada hacia el poder es un hecho.

—¿Una escalada al poder por medio del crimen? —susurró Clay.

—A los que realmente cometían crímenes parece ser que tú los has ido liquidando —musitó una de las chicas—. No creas que estábamos sin noticias de lo que sucedía fuera de aquí. Puede decirse que ahora estamos solas, ya que la organización ha sido destruida. Y lo nuestro no es un crimen, ¿verdad? ¿O sí que lo es?

—No —confesó Clay—, no es un crimen. ¿Pero quién financia todo esto? ¿Quién es el líder político que está detrás de tales ideas? ¿Quién infiernos es el jefe supremo de este aquelarre?

—¿Tratas de llegar hasta el final? —susurró con voz pastosa una de las hembras, mientras otra vez se arrimaba peligrosamente a él.

—Juré que llegaría —musitó Clay.

—¿Por qué?

—Por vengar a unas mujeres que habían encontrado su tumba. Porque ésta es la más increíble, peligrosa y, al mismo tiempo, fascinante conspiración contra la libertad que ha existido en este país. Porque...

—No hace falta que sigas —susurró una de las chicas—. Te entendemos muy bien. Después de acabar con los soldados quieres

llegar hasta los generales, ¿verdad?

Al menos tienes la valentía de decir lo que piensas. Pues bien, oye este consejo: más vale que no continúes. Los que financiaron y organizaron todo esto, están muertos. Tú los has ido liquidando a todos. Formaban una especie de club en el que había unos dirigentes y unos cuantos asesinos contratados, que eran los que se dedicaban a las violaciones. Cuando los asesinos contratados la palmaron, los dirigentes hubieron de ocupar su lugar. Eran los que liquidaste en el despacho de Clem. Ya no queda ninguno en este momento, pero, sin embargo, tú no podrás acabar con la organización.

—¿Por qué no? —musitó Clay.

—Porque quedamos nosotras, y porque en todo el país hay veinte o veintidós chicas más en las mismas condiciones. Si quieres convencerlas para que se retiren y no rehagan el «club», deberás visitarlas una a una. Pero antes convéncenos a nosotras. A ver. Demuéstranos que un detective callejero también puede ser de pura raza.

Clay preguntó aterrado:

—¿Decías que quedan veinte o veintidós más?

—Sí. Y te daremos sus direcciones. ¿No has estado asegurando que quieres terminar el trabajo?

—¡No de ese modo! —barbotó Clay—. ¡NOOOOO...!

Pero ya no pudo seguir protestando.

La guerra había vuelto a empezar.

En el principio de aquella maldita aventura, cada mujer había tenido su tumba. Pero ahora se exponía a tenerla él. ¡Veintidós más! ¡Imposible!

Le sujetaron por los pies cuando intentaba salir por pies.

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANJA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
**ASEGURE LA RESERVA**  
**DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.**



## NOTAS

[1] Famoso libro recogiendo los resultados de una encuesta en la que las mujeres norteamericanas hablan libremente del placer y de la sexualidad femeninos. En fin, que cuentan lo que les gusta y lo que no les gusta... (N. del A.). < <